

Síntoma I



El Sinthome, síntoma del final.

Charla impartida por **Hugo Monteverde** en el ámbito del Seminario “Clínica del síntoma”, dictado en La Asociación psicoanalítica de Galicia, el 16 de mayo de 2015.

Aunque las palabras síntoma y sinthôme resuenen de similar manera no son cuestiones de la misma naturaleza. Ahí en esa distinción Lacan se adentra en el corazón mismo de lo real y hasta podríamos decir que reflexiona sobre una diversidad de “sentidos” o articulaciones posibles de lo Real.

Jacques Lacan comienza a vertebrar, al comienzo de su enseñanza, la categoría de lo real bajo tres claras categorías. Aunque él se denomina como el creador del objeto “a”, a conducido igualmente la mitología pulsional de Sigmund Freud a un real de goce donde lo genital es su lugar princeps y dando consistencia a la clínica de las psicosis con la preclusión bajo el galicismo de la “forclusión” que supone un real del significante. Así la obra de Jacques Lacan muy al principio discrimina tres nociones claras de lo real:

- a) El objeto perdido, “objet petit a”.*
- b) Un real de goce perdido.*
- c) Lo real del significante en lo precluso.*

Estos tres conceptos –modalidades de lo imposible- desplegados en sus gráficas, grafos y matemas se encaminan en el trascurso del avance de sus seminarios y reflexiones a un modelo topológico desde donde reflexionar los tres registros, real, simbólico e imaginario. Así el nudo borromeo se eleva como el último modelo desde donde pensar la naturaleza misma de lo real en su anudamiento a lo imaginario y lo simbólico.

Lo real como lo que se nos presenta como lo imposible es lo que paradójicamente posibilita nuestra constitución subjetiva, funda lo posible de un nudo en un artificio de engaño.

Si observamos con distancia la obra lacaniana vemos que esta consta de varios momentos y aristas, uno de ellos -con apariencia falsamente estructuralista- implican fundamentalmente sus grafos de los seminarios 5 y 16; otro –no menos relevante y hasta complementario- son sin duda sus matemas para recabar una “matematización” cuasi algebraica de sus cuatro discursos. Luego, no sin menos importancia -y recorridos hace ya más de veinte años de su enseñanza- la lógica de la no totalidad desplegada en el seminario “Encore” para pensar lo real de la naturaleza de la pulsión en un goce macho y uno hembra; para arribar ya sin descaro a la reflexión silenciosa del nudo borromeo.

Pero cabría también preguntarse:

¿Por qué el desarrollo del nudo borromeo, en los años finales de su enseñanza, no presenta ya ninguna referencia a los grafos, matemas o lógicas de no totalidades desplegadas con anterioridad?

Esto no había sucedido antes. Siempre sus avances iban retomando a lo anterior y hasta complementándose de una manera bizarra si se quiere, pero la presencia de lo procedente era siempre referencia.

¿Con que se topa Lacan en la lógica borronea?

¿Porqué el final mismo de la obra lacaniana apunta a la misma? Psicología para neurólogos” de Freud, a los inicios del discurso freudiano y a la propia experiencia de satisfacción.

Creo que estas preguntas no solo merecen una respuesta, sino que además la misma merece no perder de vista el marco de disímil naturaleza ente síntoma y sinthome. El sinthome surge al final como categoría con todo el apogeo y abundancia de la lógica nodal.

En cuanto al concepto de preclusión, iluminado sobre el texto freudiano sobre “El Presidente Scheber” y su propia tesis doctoral sobre la paranoia a dos, le arroja a la fórmula de su primer matema de la metáfora paterna.

La idea es en extremo simple y revolucionaria.

En la inscripción del lenguaje en el sujeto psicótico faltan algunos significantes primordiales que al igual que en el modelo freudiano de la experiencia de satisfacción retornan como alucinación. La alucinación, tanto acústica como visual, o los propios delirios persecutorios, son efecto de lo Real del significante, resto simbólico no inscripto en el psiquismo del sujeto en ese tipo de estructura.

El modelo, como dijimos, es un desarrollo de la experiencia de satisfacción que Sigmund Freud expone en “El proyecto de una psicología para neurólogos”. Es de resaltar que en los comienzos la reflexión lacaniana comienza por ahí y en los finales de su obra también se dirige nuevamente al “Proyecto”.

¿Qué nos dice Freud sobre tal experiencia? Que el niño ante la falta del seno materno lo alucina, de manera transitoria, para calmar su hambre. Y agrega algo un tanto incisivo, que esa experiencia preclusiva se tramita en el psiquismo como la fuente de las diferentes posiciones morales e inmorales para dicho sujeto.

El hecho alucinatorio, de esa experiencia de satisfacción, siempre termina en una diversidad de fracasos en el intento de calmar el hambre produciéndose un resto que será la simbolización del seno materno como separado del niño. Dicha inscripción devendrá en más paranoide, más esquizo, depresiva o maníaca. También puede suceder que se produzca de manera aberrante y no se resuelva de forma satisfactoria dando lugar a estadios psicóticos graves, como autismos, esquizofrenias y demás disfunciones profundas.

En general el niño se discrimina produciendo la representación del pecho como diferenciado de él.

Ronald Farbain y Melanie Klein retoman la cuestión con la tan consabida categoría de pecho bueno y malo. El pecho materno al faltar y lo alucinatorio al fracasar en su intento de calmar el hambre transformaría dicho seno en profundamente persecutorio o en un momento anterior dando lugar a una esquizoidia tremendamente desorganizativa, tanto temporo como espacialmente. También estaría la posición depresiva que sería la más tardía y al mismo tiempo la más organizativa pues remitiría al niño a la separación del objeto y a su pérdida o recuperación circunstancial en la realidad. Todos estos matices no son en los que recaba Freud y menos aún Lacan, no niegan la cuestión desde lo clínico, pero sitúan la “cosa” en la radicalidad de una experiencia moral, como el punto de una marca ética en donde cada sujeto tendrá la suya.

Es decir, no se trata de la separación del pecho y su pérdida desde la realidad, donde efectivamente esto ocurre en los casos más neuróticos o perversos sino de lo imposible de la satisfacción de esa alucinación, pues ella no refleja exclusivamente una "natural" demanda alimenticia sino una erotización del objeto que se transforma en un resto irrecuperable en lo Real. Es esta articulación entre lo simbólico, lo imaginario y lo real de la pérdida del objeto erótico que entraña la lactancia donde se ubica la marca moral de la experiencia alucinatoria de la satisfacción.

Esta es la esencia de la experiencia alucinatoria del pecho materno, este se sexualiza en la pulsión oral y es un imposible de recuperar, dejando ahí una marca donde lo moral se eleva a otro imposible de cumplir. Siempre faltara algo con el que sostener un acto moral digno y en sus extremos, la inmolación o la renuncia de sostener lo imposible en el calidoscopio de las pasiones morales o las amoralidades y las no menos deseables inmoralidades.

Por lo tanto, vemos que Jacques Lacan hace una torsión del discurso kleiniano y de pensar el objeto en la realidad de la lactancia lo eleva a irremediabilmente perdido en una erótica libidinal para constituirlo como categoría psicoanalítica.

De la materialidad del pecho va a lo imposible de satisfacerse con el. Porque lo que cuenta como marca no es la presencia del objeto sino su ausencia. No es solo un instrumento para alimentarse sino además es algo que remite a una erogenización oral, es decir el objeto anhelado deviene en sexual y por tanto en imposible de que aporte una satisfacción al cachorro humano. En el fondo el niño con su chupeteo no deja de tener una relación alucinada a lo sexual y de ahí que la ingesta alimenticia se transforme en una "ingesta erótica" que lleva a un lento trabajo de inscripción simbólica que permite el paso de lo alucinatorio a lo fantasmático y de ahí la importancia que adquirirá la fantasía para toda practica sexual.

Es un lento viraje de la alucinación como experiencia de satisfacción a las fantasías onanistas donde lo insatisfactorio y lo imposible dejan su marca moral.

Esta torsión de la necesidad en el pensamiento fairbiano y kleiniano a la imposibilidad de no solo toda satisfacción, sino de lo imposible como núcleo de lo deseante, es el mismo viraje que encontramos en el propio concepto de preclusión a lo largo de su obra. En su conferencia de Yale, Lacan plantea que lo precluso es imposible de reducir completamente. Lo "forcluso" se presenta de manera perpleja e invasiva en los desencadenamientos psicóticos o estabilizado en las psicosis ordinarias, pero no por ello deja de tener existencia en las neurosis y en las perversiones. En el seminario 23, tomando la ejemplificación de James Joyce, ya consolida la torsión del concepto de lo precluso -es decir de la falta de inscripción significativa, de un modelo de cuerpo ajeno en el ser pegado en la indiferencia subjetiva, o las alucinaciones mismas- como la maquina de goce que nos hace hablar. Idea que Gilles Deleuze, bajo otra égida, retomará en el "Anti-Edipo".

Lo importante no es el lenguaje sino "La Langue", lo que nos hace hablar.

"La langue" la asocia a lo precluso, pues será el mecanismo que introduce y construye la adherencia del lenguaje en el sujeto. "La Langue" nos hace hablar y lo hablado, el lenguaje mismo, esta al servicio de reducir los efectos de "La Langue".

"La Langue" pasa por tanto a corresponder a la "Forclusión" y también a la misma categoría de lo Real del signifiante Fálico e incluyendo todo este conjunto a las diversas aristas del Sinthôme. De ahí que en la conferencia de Ginebra situará la pulsión genital como prueba de "La Langue" y del corazón mismo de la función del padre.

El hombre esta coaptado por la imagen de su cuerpo y el "Unwhelt" –lo que lo rodea, su hábitat- el sujeto lo corpo-replica, es decir hace un homogéneo de su imagen en el mundo que habita.

Construcción de la demanda y el mundo que le rodea con ese cuerpo que Lacan advierte esta en cortocircuito por la pulsión genital.

El hombre pensará entre la construcción de su cuerpo imaginario y el encuentro con las palabras en donde se le revelará que todo pensamiento y toda representación del cuerpo es fallida.

¿Porqué?

Porque en ese encuentro entre cuerpo y palabra se le revela un cortocircuito.

¿Cuál?

El autoerotismo no es lo primero, lo primordial es la erección o el latido clitoridiano que sorprende al sujeto, al igual que la primera eyaculación o la menarquia. Es lo que denuncia ese niño freudiano del caso Juanito, la sorpresa del infante con la cosa de hacer pipi por la erección que le irrumpe. O la perplejidad del "Clic" fotográfico del latido del clítoris alucinado en "Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica". Aquí encontramos, por este hecho clínico, algo más que una insuficiencia en el pensamiento; lo que hallamos es una verdadera falla entre lo mental y el modelo imaginario del cuerpo pues esa construcción no evita la perplejidad que produce la irrupción de lo genital.

Es similar a lo enunciado por Freud sobre la falta de inscripción del tiempo como representación en lo inconsciente, la vejez sorprende en la imagen que nos devuelve el espejo pues nuestro pensamiento es fallido y hace aguas por infinidad de aristas. Algo de lo pensado de nuestro cuerpo que corpo-replicamos en nuestro "Unwhelt" se agrieta ante la irrupción de la turgencia genital o la mirada perpleja de un envoltorio corporal envejecido por el paso de los años. Verdaderos escotomas simbólicos de nuestro aparato psíquico donde, primero Freud y luego Lacan con su registro de lo Real, nos advierten de la presencia de unos sesgos mentales preclusos ante la imposibilidad de inscripción alguna, dando cuenta de un real imposible de reducir –se trate de la estructura clínica de la que se trate. Esta es la torsión del concepto de lo precluso en lo que bucea Lacan para revelarnos un cortocircuito del lenguaje que funda lo imposible y que al mismo no cesará de hacernos hablar, un no cesar de no escribirse, de no inscribirse.

Pero no nos hace hablar de la misma manera. En ese cortocircuito algunas mujeres y unos escasos hombres escapan del orden fálico de la lengua. Dentro de ese orden el hombre, en general, no sabrá abordar a la mujer como objeto, siempre la tomará desde el error del que se percata retrospectivamente –es decir, "après-coup". Dicho de otra manera, la irrupción del plano genital -que es imposible de simbolizar- producirá un agujero simbólico, una falla estructural, que el significante fálico vendrá a obturar fallando. Ahí, en ese orden fálico el hombre aborda a la mujer desde su pasión concomitante, el goce fálico y no desde la pulsión genital que en su perplejidad queda en pérdida y por fuera del ordenamiento simbólico. Sin embargo, algunas mujeres y unos escasos varones escapan a este ordenamiento habitando la perplejidad de la genitalidad perdida sin demasiada dificultad. Cara y cruz de un atravesamiento de "La Langue" en el lenguaje mismo donde encontramos, verbigracia, a una Santa Teresa de la Jesús habitando ese punto de fuga del orden fálico pernoctando en la perplejidad de un goce más allá de lo fálico que producía un no cesar de escribir, escribir y escribir la infinitud del amor a Dios.

La infinitud de la falla fálica.

El plus de goce, situado en un más allá del goce fálico, supone un pernoctar en el goce de "La Langue". Demostración clínica palmaria que la metáfora paterna se asienta en el plano genital como cortocircuito. Así la función del padre presentada en Los Escritos en La cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis sufre una torsión desde el matema de la metáfora paterna a la "La Langue". El padre es precluso y en la coaptación del sujeto al Otro de la lengua deviene en padre simbólico, en el "mejor" de los casos.

La función del padre, presentada al comienzo de la obra lacaniana como esa mirada del deseo de la madre en una dirección diferente a la significación fálica que el hijo supone para toda mujer, sufre la torsión a lo Real mismo de lo imposible que implica el ordenamiento humano. La función del padre es el cortocircuito mismo entre el plano genital y el propio modelo corporal. Por ello también la propia función del padre, como Freud muestra en "Pegan a un niño" es anterior a esa mirada materna, precede a toda representación de la madre, pues es preclusa.

*Es entonces en la genitalidad que siempre será fallida en relación a la construcción imaginaria del cuerpo donde se asienta el sostén de la función del padre. La propia metáfora paterna es efecto de esta articulación que al mismo tiempo Lacan denomina, *Sinthôme*.*

Es por tanto desde la genitalidad donde se asienta –como muy bien subraya Jacques lacan- la función del padre.

*Para continuar hablando de esta distancia entre *Sinthôme* y síntoma les hablaré un poco de mi –no de mi análisis sino de mi posición como psicoanalista.*

¿Qué me pregunto por mi genitalidad en lo que es la relación entre los sexos?

No la tildaría del rigor psicótico ante el deseo de saber que Jacques Lacan sitúa en su persona en la Conferencia de la Universidad de Yale, me observo mucho más "crispado".

Situaría más bien lo precluso de mi genitalidad en mi subjetividad como ese generador de saber que me permite habitar con comodidad la clínica psicoanalítica.

¿Qué de mi genitalidad?

Pues evidentemente en ese plano hay un rechazo estructural a la mujer.

La genitalidad funciona, aun hoy a pesar de los años, es sin duda un centro centrípeto, pero no deja de habitarse ese punto de asombro que nos iluminaba el pequeño Hans y por tanto es a reducir.

Por tanto, el deseo sexual a la mujer siempre fenece, hay que pasar a otra, y la repetición -en esa aburrida serie- me arroja a una mujer angélica mas como objeto de una escucha que de otra cosa.

Y esta "angelidad" que es improductiva e incómoda en lo personal, me la encuentro finalmente, como solución, en el diván. Esta es la marca ética que me permitió y me permite ser psicoanalista y ninguna otra cosa:

El rechazo genital a la mujer.

*¿Pero este rechazo que me constituye como psicoanalista esta del lado del síntoma o del *Sinthôme*?*

Aportemos un ejemplo clínico más, cuando en la infancia sobre los nueve o diez años un niño me interpela sobre el coito y la diferencia de los sexos. Conociendo ya en esa época el coito de manera "académica" la descripción gestualizada y obscena de la relación genital por ese compañero de juegos callejeros me arroja a una profundísima confusión mental de la que no puedo salir en meses y con la presencia de una sutil angustia.

Realicemos una pequeña escansión. El Sinthôme para Lacan es equivalente a la "Langue", e igualmente a la genitalidad que engendra lo perplejo para el niño y también se corresponde con la propia función del padre como real situado antes de la irrupción imaginaria de la madre.

Todo esto que acabamos de enunciar es lo que pone en funcionamiento la producción de lenguaje que paradójicamente pretenderá ahogar, subducir la existencia de este real en la maraña de lo simbólico.

Retornemos de nuestra escansión.

¿Y qué de lo genital en lo humano?

Otra salida posible, sino se apuesta por el psicoanálisis como en mi caso, es para el sujeto la obscenidad. La obscenidad permite operar en el plano genital desde lo fálico, sustituyendo a la mujer toda por una dicotomía verosímil:

Captar a la mujer ente lo obsceno y el amor.

Es otra posible salida, habitar lo obsceno para reducir lo real del Padre.

Por tanto, cuando alguien no reduce lo real del padre pues la posición obscena fracasa, por momentos puede ser un escritor como James Joyce, si hay talento o si no lo hay, simplemente alguien interesado en la relación entre los sexos más que en el sexo, como es mi caso.

Y las personas que estamos abocadas a ese rigor del saber, como nos comenta Lacan; anudadas a interesarse más por la no relación entre los sexos que por el sexo, siempre tendremos un elemento clínico que nos delatará y será esa propensión hacia el neologismo joyciano. Sino a que otra cosa se dirige un psicoanalista sino es al neologismo en el acto fallido, el lapsus o el olvido.

La irrupción del neologismo en la frase siempre revela un resto de la "Langue" que el lenguaje no ha logrado reducir.

Y esto nos lleva a que una posición verdadera para el psicoanalista, en su praxis, siempre se mostrará como resto de ese real del padre que el lenguaje no logra ahogar.

Definir la posición del analista como sujeto de supuesto saber no es muy abarcativa, corresponde sin duda al plano de la transferencia, pero creo que la posición de objeto "a" en el dispositivo psicoanalítico contempla muchos más aspectos.

Jacques Lacan, en el último lustro y medio de su práctica avanzo hacia la sesión ultra breve. Esto implica sin duda sacar a la escucha del sentido de las palabras e introducir la perplejidad. La sesión ultra breve pone al analizante frente a lo imposible y lo precluido de toda estructura subjetiva.

El Sujeto de supuesto saber, reenvía a los efectos de la escucha en el decir del lenguaje, a las obscuridades de la transferencia con sus articulaciones sintomáticas y el goce concomitante a la figura del analista.

La posición de objeto "a" en lo real del dispositivo abarca un campo mucho más amplio y al mismo tiempo en un sesgo más radical que remite al analizante lo imposible de la satisfacción de la demanda y confrontado a lo precluido de la estructura, es decir al lugar Sinthome del analista.

El 8 de mayo de 1973 Jacques Lacan afirma que "la cosa" analítica nunca será matemática. Es evidente que la práctica clínica siempre estará adosada a la lengua y el acto. Pero tampoco deja de ser menos evidente que el lenguaje verbal y el matemático siempre anduvieron de la mano. Es más, el hombre aprendió a contar su caza antes que escribirla.

El ser humano, en sus albores, habló, pintó y numeró y mucho después en la historia pudo escribir.

Radicalizando mucho las cosas podemos afirmar que el hombre escribió matemáticamente mucho antes que con estrofas en el automatón de la caza y del rasgo unario sobre la serie del número de los individuos conquistados en el hueso de la cazado.

Es a ese automatón donde Lacan lleva su praxis en los años finales de su quehacer clínico, a donde irrumpe lo matemático en lo humano más que a la semántica del lenguaje.

Lo matemático como la expresión de un goce primordial en el Otro de "La-langue" Debemos reflexionar, soló a título de interrogación, que no necesariamente las matemáticas son una cuestión de experiencia o aprendizaje, sin ir más lejos el matemático Srinivasa Ramanujan es prueba de ello; captado por el discurso matemático como si de una inmanencia "cuasi natural" se tratase. O la juventud de los nominados por la medalla Fields donde pocos son los que superan los cuarenta años de vida.

Mas que una cuestión de aprendizaje, los grandes matemáticos nos muestran que es una cuestión mas de estructura en la que se hayan coaptados que de un saber adquirido con esfuerzo.

La "primigenia" categoría de Jacques Lacan del Sujeto de Supuesto Saber se anuda a un efecto de sentido revelado en las articulaciones de la transferencia con las series sintomáticas y de goces del analizante anudadas al quehacer del analista en el dispositivo. Pero cuando ya decimos que el analista debe ocupar el lugar del "objet petit-a", en lo real del dispositivo, en un real de lo imposible de toda respuesta a la demanda del analizante donde mas que un sentido revelado del inconsciente la cosa apunta a un automatón de repetición por fuera de toda significación ¿no vemos acaso que eso nos remite más que a un matema de estructura que a un efecto de sentido de una verdad ignota revelada?

*La posición de objeto "a" del analista en el dispositivo, en lo imposible de la satisfacción de la demanda de un "sentido pleno", nos reenvía a lo precluso de la estructura, es decir al lugar *sinthôme* del psicoanalista y que no es otra cosa que el lugar que matemáticamente ocupara en relación al punto de falla de la estructura subjetiva del psicoanalizante.*

*Por mi parte siempre me observo un poco por fuera del dispositivo, en una cierta esquizia de perplejidad por la metonimia funcional en décadas de sesiones; en fin, creo que algo de esto caracteriza mi lugar como psicoanalista y me vislumbra un poco que es el *sinthôme*.*

El 8 de mayo de 1973 Lacan afirmó que "...la Cosa analítica nunca será matemática". Es evidente que la practica clínica siempre estará adosada a la verbalización y el acto, pero esto no excluye en medida alguna la vertiente cuasi matemática de la repetición. Ahí donde el discurso hace escansión lo cuasi matemático de la repetición irrumpe.

¿Acaso la reflexión modal borrona no es una reflexión matemática que en verdad prescinde de su vertiente aritmética?

Es evidente que lo aritmético nunca será posible en el quehacer psicoanalítico ¿pero ello excluye lo matemático?

*¡Creo que no! Y los últimos años de enseñanza de Jacques Lacan así lo atestiguan. Sigmund Freud no dudo en recurrir a la construcción ahí donde el recuerdo no llegaba en el Hombre de los Lobos. Construyó el lugar *Sinthôme* del paciente sin saberlo.*

Mas adelante Lacan retoma el testigo llevando de una manera cada vez más radical esa posición de Freud en la medida que avanza en su enseñanza. En el último lustro de su enseñanza es cuando mas retorna a Freud y aborda lo extremo de la escucha con sus manos y su tacto de los diferentes posibles nudos borromeos. Lejos esta de conocer los prolegómenos aritméticos que por 1979, en EE.UU, se producían de acercamiento aritmético a lo borromeo.

Todo esto está por dilucidar como un nuevo continente, como en su momento fue el goce femenino.

Pero si tomamos perspectiva, lo fecundo de la-Langue como promotora del lenguaje y sus equivalencias al Sinthôme no dejan de ser estructuras por fuera de todo sentido coloquial y que apuntan de manera fría a la dimensión estructural topológica-matemática que da cuenta del sujeto.

Pues que un nudo, cualesquiera que Lacan nos ha donado no puedan trasladar la praxis psicoanalítica a una cuestión matemática esto no indica que no tengan en si mismos una lectura aritmética y esto es un hecho indiscutible.

Síntoma II.



El síntoma como solución o diversas modalidades de lo Real.

Charla impartida por **Hugo Monteverde** en el ámbito del Seminario de "Fobia y ataques de pánico", dictado en La Asociación psicoanalítica de Galicia, el 14 de mayo de 2016; en la ciudad de Vigo.

El síntoma como solución es lo más depurado de él mismo y es además el final de un recorrido, pues no hay solución por fuera de lo sintomático.

En ese recorrido por la cadena sintomática el síntoma no comienza como una solución sino más bien como un problema y el problema esta al inicio pues es aquello que lo engendra. Lo que da lugar a la formación de la cadena de síntomas es lo precluso y el despliegue de ese recorrido deviene, en el mejor de los casos, como solución parcial a esa exterioridad al significante que lo engendra.

Cabe preguntarse también si en lo precluso todo lo que encontramos esta en relación al lenguaje.

La obra de Lacan nos recrea que entre lo Real precluso -el "Sinthôme"- y el síntoma hay un trabajo que implica una distancia simbólica a recorrer y que teóricamente es la misma que hay entre lo precluso y el nudo borromeo que termina sujetando ese real "descarnado".

Lacan, nos presenta el nudo borromeo, como la solución de lo precluso siendo esto al mismo tiempo la condición que lo engendra.

La construcción del cuerpo en lo imaginario del infante, como la corpo-replicación de ese imaginario, en el "unwhelt", por parte de lo sublimatorio del trabajo social en lo humano presentaría la misma lógica, es decir una tarea de permanente anudamiento de los condicionantes que producen ese engendramiento.

Pero hay más, lo precluso, el "Sinthôme" se configuran como una falla en si misma. Ese exterior a lo simbólico y que paradójicamente lo engendra tiene la naturaleza de una falla que nunca se terminara de sujetar del todo en el recorrido y la solución que trata de producir el significante con sus síntomas concomitantes y el consiguiente anudamiento simbólico no parece que sea todo lo que habita en lo humano. Esa lógica, que algo precluso desencadena lo simbólico y que al mismo tiempo lo simbólico trata de sujetar habiendo siempre un punto de fuga o de falla que permanece en lo real es de la misma naturaleza que el cortocircuito de la pulsión genital en la construcción imaginaria del cuerpo. Es la perplejidad de Juanito frente a su erección genital, que nos recuerda Lacan como muestra que la construcción imaginaria de hacerse un cuerpo nunca termina de sujetar completamente algo de lo genital y por lo cual ese plano siempre se presentará como una falla e igualmente un imposible de establecer con él relación alguna. Es in-loco y va suelto pues emerge siempre en falla a toda relación imaginaria con el otro y con nuestro propio modelo de cuerpo.

El malestar en la cultura, del que nos habla Freud, es de la misma naturaleza, pues la construcción del "Unwhelt" humano, en definitiva, el corpus social nunca se anuda eficazmente al uno por uno del semejante pues su base falla en tanto lo pulsional anda suelto y en cortocircuito en relación a la lengua.

Si la construcción imaginaria del cuerpo nunca anudará lo real del plano genital, la corpo-replicación -que de ese proceso individual de humanización se transfirirá en la colectivización del Unwhelt" social- poseerá las mismas taras y cortocircuitos que hallamos en el, uno a uno, de los individuos.

Así lo precluso no solo será la exterioridad de lo simbólico sino también lo suelto, lo que nunca se sujeta de todo; un malestar sórdido que permanece en toda construcción de la subjetividad. Y como su lectura solo puede aparecer como falla, el universo de Lo Real que nos trasciende, solo se nos aparece como un resto, una falla de nuestra constitución -y eso en el mejor de los casos.

Una verdadera denegación y una real ignorancia sobre lo que somos y lo que nos habita mas allá de nuestro pobre y reducido universo simbólico. De allí que lo precluso solo se nos revelara como equivalente a la ignorancia.

Pero hay que señalar que la ignorancia no es global sino más bien parcial, pues lo real no un homogéneo, sino que más bien es un diverso; un verdadero calidoscopio de ignorancias. Es decir, en lo humano la ignorancia se pluraliza y esto tiene profundas consecuencias para nuestro universo gregario.

Lo precluso como lo suelto, marca no inscripta y que lo simbólico trata de anudar en una red sintomática siempre presentará un punto de falla por más trabajo obsesivo que se le prodigue y esa falla siempre nos relanzara al lenguaje como intento de un nuevo anudamiento aún más eficaz; es ahí, en ese corazón que Lacan halla el concepto de "La Langue" como aquello que nos arroja a una lengua y nos relanza una y otra vez como "parlêtre".

Pero si "La langue", es decir lo precluso de lo real del significante, nos impele a hablar, ese parloteo que comienza como una ecolalia donde la comprensión es previa a la expresión ira progresando a la frase anudando no solo la expresión sino al mismo tiempo "La Langue", es decir aquello no inscripto que nos sumerge en la lengua.

Pero ya vemos la diversidad de lo real, pues del real genital pasamos al real de la lengua y así a una diversidad de manifestaciones de lo Real por donde la pluralidad se manifiesta frente a lo Uno de lo simbólico.

Y el hablar nunca reducirá completamente a “La Langue” pues nunca hallará un punto de unicidad de lo real por fuera de la pluralidad.

Lo Real es plural y al mismo tiempo ignoto.

Lo real es tan plural como la diversidad de anudamientos simbólicos que visualizamos en las diferentes estructuras clínicas.

¿Son la diversidad de anudamientos simbólicos los que arrojan restos de diferentes reales? ¿O los diferentes reales finalmente dan la traza de disímiles anudamientos?

¿Cómo saberlo?

Es ignoto.

Tal es la ignorancia sobre tal punto que imposible se torna la respuesta.

¿Pero hay que cejar sobre tal imposible?

Tal vez no.

Lo real como resto no solo implica al objeto mismo del deseo sino también a algo mucho más impenetrable, muestra condición animal perdida en la humanización.

¿O acaso no observamos en la clínica de la diversidad de estructuras a un sujeto perdido de su condición animal?

¿Y no vale acaso la pena explorar tal rasgo que muchas veces es inhallable en el, uno por uno, del tejido social?

Y no es menos cierto, igualmente, que nuestra condición animal perdida se solapa con la propia estructura perversa de la condición humana.

¿Pero el torturador en ese “te amo-te mutilo” no quiere, acaso, no solo encontrar el resto real del objeto “a” sino igualmente lo animal perdido de la condición humana?

En otro orden, sabemos que una madre con una configuración fálica fallida induce un desorden imaginario en la construcción del hacerse un cuerpo en el cachorro que da lugar a estructuras psicóticas. Pero no siempre esto es constatable y muchas veces el niño se “neurotiza” o deviene perverso a pesar de tales condicionantes maternas.

Otro tanto para las estructuras homosexuales en torno a la clave de la ley entre la madre o el padre, pues no siempre una madre que tiene las claves de una familia, dejando al esposo en el lugar del papanatas enamorado, produce en todos los varones el mariconeo. Muchas veces en uno no y en el siguiente sí.

Por tanto, el resto de lo real es ignoto, tanto que como ya enuncié no podemos discriminar si el propio resto es lo real, lo no coaptado por la estructura significativa y que al mismo tiempo la induce o el resto es la propia estructura subjetiva frente a un real biológico que la trasciende por mucho.

Lo único seguro es que todas las estructuras clínicas tienen como función reducir lo precluso que las engendra y que ninguna es mejor que otra. Que sería de las matemáticas o de la física sin un Godöl o un Newton que eran psicóticos. O de un homosexual como Oscar Wilde para la literatura.

Hay diferentes estructuras clínicas de envoltura de lo real o disímiles maneras de excrecencias de lo real –pues tal relación no la sabemos- pero advertidos eso sí que todas ellas pueden aportar un valor sublimatorio y conllevar simultáneamente el resto perdido de nuestra condición animal.

¿O acaso no somos animales perdidos en una diversidad de estructuras simbólicas que nos humanizan, tratando simultáneamente de sublimar ese orden natural?

¿Acaso, no nos aterramos del cambio climático como retorno de una naturaleza que ingenuamente pretendemos sojuzgar?

Hay estructuras clínicas y todas tienen su valor sublimatorio en la producción de lo humano y todas al mismo tiempo tratan de escamotear nuestra condición animal que no segará de reclamar su espacio en el “Malestar en la Cultura”.

Afirmemos entonces que lo importante no es el lenguaje, ni el síntoma final como solución, sino lo que nos hace hablar y construir síntomas, es decir “La langue”, aquello que en mayor o menor medida es de difícil reducción y que permanece “forcluida” en la estructura subjetiva.

Pero insisto ¿sería lo único de la condición preclusa, lo relacionado a “La Langue”? Lo precluso en la estructura subjetiva no es una invariante, todo lo contrario, de allí las diferentes estructuras clínicas, pero además en el interior de cada estructura la relación del sujeto a ese “resto de lo real” es particular. Hay una singularidad de cada sujeto como nudo, como síntoma y solución en el sujetarse.

Reducir eso real que nos hace permanecer en el lenguaje y relanzarnos a él en una repetición que no cesa de no escribirse, tal vez no sea en exclusiva todo el campo de lo real.

No solo la relación a lo real es algo profundamente diverso para cada sujeto, sino que lo precluso mismo presenta una diversidad.

Esta diversidad de lo real es un tema inédito e ignoto, pero no por ello no observable. Lo precluso, el objeto “petit a”, “La langue”, y que en sus inicios se agrupo como lo “forcluso” del Nombre del Padre y puede alinearse en diferentes modalidades que son observables desde una praxis clínica es sin duda muy operativa, pero al coste de reducir significativamente la categoría de lo real.

Lo precluso no es monolítico, no es simplemente aquello no inscripto en la estructura, sino que hay diferentes modalidades de no inscripción en lo real. Como las marcas éticas que la experiencia de la alucinación de la satisfacción del pecho materno deja en los sujetos más allá de la estructura clínica a la que pertenezcan.

Si bien es verdad, por poner lo particular de un ejemplo, que en las psicosis ordinarias lo psicopático muchas veces se presenta como suplencia, este rasgo no siempre opera de igual forma en todos los sujetos, ni tampoco preexiste en dichas estructuras; hay variedad de casos donde la suplencia en las psicosis ordinarias es la abnegación al semejante.

Lo precluso no es monolítico, no es simplemente aquello no inscripto en la estructura, sino que hay diferentes modalidades de no inscripción en lo real, pues desde la clínica puede constatarse que el registro imaginario de la relación del sujeto a lo precluso, como cortocircuito tanto del plano genital, como simbólico, no es unívoco pues el síntoma envuelve lo real como solución con diferentes modalidades de fallas.

Sabemos que la satisfacción del cachorro humano como perplejidad alucinatoria se reduce con la insistencia de la insatisfacción, o lo imposible de dar respuesta a la demanda, y que finalmente conlleva la construcción simbólica del pecho materno como separado del infante. En este sentido la lactancia termina inscribiéndose como insatisfactoria en su real perdido de la “necesidad” alimenticia, pero deviniendo en anhelo al instalarse ahí la erogenización oral. Esto conlleva que lo insatisfecho -en los avatares de la lactancia- se instale una erogenización oral que será la plataforma de toda satisfacción genital futura. Pero la oblatividad genital queda en cortocircuito pues su acople en relación al otro de la relación sexual siempre es preclusa. Lo insatisfactorio de lo real de la lactancia retorna en lo genital, tornando la propia satisfacción sexual, como un modelo alucinatorio de satisfacción orgásmica.

¿Pero todo plano genital es reducible al basamento de la erogenización oral?

Esto merecería de por si un recorrido explicativo más amplio, pero solo lo señalamos para hacerles observar que en verdad toda satisfacción de un anhelo humano deviene en desdén pues solo la imposibilidad sostiene al deseo y su “real” realización siempre lo desinfla; lo que hace que podamos razonar, es decir deducir, que toda

satisfacción de lo humano tiene estructura alucinatoria, marca de ese retorno que Freud nos iluminaba como experiencia primaria y ética en el Proyecto de una psicología para neurólogos.

¿Pero todo puede, verbigracia, reducirse a esto en la pulsión genital?

Lacan esbozo algo de esto en la lógica de la no-totalidad para explicar las modalidades de la sexuación humana con un discurso macho y uno hembra, o lo que es lo mismo, una sexuación fálica y lo no-todo más allá de un goce fálico. Es decir, el abordaje de la pulsión genital en lo macho y lo hembra de disímil manera.

¿Pero ese goce obscuro, que sitúa mas allá de lo fálico y que no sirve para nada, esa indiscriminación de goce que puede conllevar a veces lo genital mismo, no tiene una estructura cuasi alucinatoria?

Creo que la respuesta es afirmativa, ese plus de goce, más allá de lo fálico tiene estructura alucinatoria mostrando una variedad muy rica de formas frente a la pobreza de lo fálico que se debate entre la unicidad fantasmática en lo hétero o el goce parcial de lo perverso.

¿Pero todo lo que falla en el plano genital u otro pasa por lo alucinatorio?

Pasemos a la clínica. Oriol lleva año y medio pululando de clínica privada a hospital público por un cuadro reiterado de vómitos agudos solo reducibles con zofrán por goteo venoso y uno o dos días de internación. El discurso médico busca durante año y medio una posible pancreatitis con marcadores erráticos o algún anticuerpo autoinmune subtipo 4. Derivado finalmente de un servicio de medicina interna le indico 30 gotas de Largactil –primer neuroléptico del siglo pasado- y 25 miligramos del tricíclico Anafranil. Reducido el síntoma, isofacto, se instaura un Sujeto de Supuesto Saber vía actuación psiquiátrica. Cuestión que será recurrente en la construcción transferencia de nuestra práctica clínica, en los próximos años, ante el crecimiento exponencial de lo psicósomático y las psicosis ordinarias en las estructuras subjetivas.

Oriol es un joven de 24 años, estudiante de ingeniería informática, con una pobreza discursiva enorme. Hace un tiempo se me comento con horror como en un transporte público un niño de año y medio, aproximadamente, sentado en su cochecito emitía un ...¡juuuh! ...¡juuuh! constante mientras movía en sentido prono su cabeza en busca de la atención de sus jóvenes padres, que a su lado, se hallaban enfrascados en sus respectivos móviles. Esa es la constitución de este joven de 24 años carente de fantasmática onanista sexual relevante. Por otro lado, sus encuentros sexuales se reducen a una genitalidad descarnada. No puede ligar, siempre es conquistado por las chicas y la continuidad de la relación de pareja se le hace difícil pues aparte de pesarle mantener conversaciones lentamente se va crispando al mantenerse los encuentros y profundizarse la intimidad. Todo se reduce a relaciones circunstanciales y cuando progresan no superan el mes de duración.

Su onanismo, que no es poco, se refugia en la pornografía visualizada en unas gafas estereoscópicas y, con anterioridad, al desarrollo de esa tecnología a la pantalla de su móvil.

Hay que señalar que el goce concomitante de los tres tiempos de la construcción fantasmática onanista y que da consistencia a las inscripciones significantes no son fácilmente localizables en este caso. Particularicemos que el significativo es capturado en la relación que el niño tiene al gran Otro de la lengua pero que esa captura se construye en el basamento de unas coordenadas fantasmáticas que, aunque reprimidas, dejan en la consciencia las huellas de una erótica.

La constitución del síntoma y la inscripción signficante marchan de la mano –como en un paralelaje- que ordena un imaginario erótico alrededor de lo precluso de la pulsón genital.

En lugar de esa erótica, el sostén estereoscópico al no ser posible frente al otro de la realidad en el vis a vis amoroso, se produce la crispación.

El vómito irrumpe ahí libre de todo sentido en la insostenibilidad de un plano erótico con el partenaire. El vómito es un significante puro, como desarticulado de toda cadena significativa y que no arroja para el sujeto significación alguna.

Es un significante descarnado e imposible de imaginarizar eróticamente. Oriol presenta una psicósomática como respuesta a un déficit simbólico, que revista el real genital que de lugar a una construcción imaginaria de una sensualidad. En este caso lo precluso es lo genital mismo como animalidad presente por fuera de todo sentido –no hay lugar a engaño alguno.

Pero a veces la animalidad perdida aparece en la línea del significante mismo, en una cuasi onomatopeya donde lo psicósomática es mucho menos recalcitrante.

Para ello me adentraré en un artículo de nuestro colega colombiano Ricardo Rojas. Me refiero a un texto donde discurre sobre el Pase de nuestra colega gallega, la Sra. Camila Vidal.*

Aquí se nos señala de manera muy pertinente que lo que está en juego del lado del psicoanalista es la posibilidad de detener a su analizante en un significante. Nos aclara, que un analista puede precipitar el final de análisis en su paciente si logra detenerlo en la metonimia de la frase y el sentido; una especie de disolución de la serie significativa para fijarlo en un punto de la palabra.

En este caso Rojas fija efectivamente este punto de detención en el supuesto significante “Chrasss”. Palabra que se revela oníricamente en un sueño donde la sujeto aplasta unas cucarachas. Pero es pertinente aportar una observación, “Chrasss” que finalmente se revela como un ruido –cuestión pertinentemente señalada por la analista- y que está más allá de toda significación ¿cual es su contexto?

¿Es un contexto simbólico o simplemente es un real?

El significante primordial en ese análisis no es “Chrasss”, es “cucaracha” que se entronca a toda una línea fantasmática de la sujeto en la que muchas veces navego en asociaciones de un a-sentido.

“Chrasss” es realmente la marca de un ruido, anterior a toda fantasmática, es decir un real que permite estar al otro lado del fantasma.

¿Y porque hago tal distinción?

Porque en este caso la Sra. Vidal puede conectar en ese “Chrass” con algo anterior no solo al fantasma, sino al propio significante que articula goces sentidos.

Ese “Chrass” es un ruido de la “Niebla”, en donde reina la indiscriminación, esa animalidad perdida, o si lo prefieren el real primigenio que por momentos le invade sin servirle de nada y en donde reconoce ahí una primera marca que es simplemente un ruido.

¿Pero ese ruido, ese “Chrasss”, es realmente un ruido o un latido endógeno?

En este caso hay fantasmática y es sin duda abundante, en las antípodas del caso Oriol, pero no todo ha sido abarcado por esa fantasmática.

Marca temprana del plano genital, el famoso “Chrasss” clictoridiano, señalado de manera magistral por Sigmund Freud en “Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica”, antes de toda fantasmática, antes de toda palabra y en la más absoluta animalidad perdida.

Esta anticipación temprana del plano genital no solo deja la marca de un tiempo donde la dificultad temporo-espacial es evidente, sino que fija a la sujeto en una psicósomática por la pérdida en lo real mismo de la pulsión genital para nada recuperable por fuera de ese plano.

La analista detiene a la analizante en un significativo vacío de todo lazo proposicional de esas intrépidas “cucarachas”, pero la analizante reconoce que este no conduce a nada estrictamente simbólico sino a una primitiva marca del propio cuerpo, aun antes de una consistencia genital. Ese es el punto psicósomático del Pase-forma por cierto poco romántica de expresarlo.

La analizante no reconoce un ruido sino el latido de su “Niebla”.

Jacques Lacan lo expresa en las conferencias de Ginebra y de Yale, abundando la cuestión en ese ser pegado, no ya en la fantasía de “Pegan a un niño” sino en la realidad vital de James Joyce. Sostiene que hay algo precluso imposible de reducir en toda estructura.

Y agrego, esa animalidad perdida de lo real es de una diversidad enorme, es decir, un particular como las huellas digitales y que siempre tocará al cuerpo que no puede reducirse exclusivamente a “La Langue”.

Mónica, es policía nacional y llega a mi consulta con treinta y ocho años. Siendo muy joven tiene una pareja masculina estable con la que descubre el sexo, pero al cabo de tres años lo engaña con una chica que le llevará a la ruptura. El varón no soporta su engaño y menos aún el lesbianismo; aparte su relación era extremadamente “eléctrica”. Lleva veintidós años de relaciones lésbicas tormentosas que se suceden una detrás de la otra. También se ve aquejada de una gran inseguridad para todo y que solo logra apaciguar cuando está uniformada y con el arma reglamentaria. De paisana tiene frecuentes episodios de un alcoholismo severo que le termina ocasionando más de un problema.

Al año y medio de entrevistas preliminares produce una relación heterosexual y a los pocos meses, con treinta y nueve años, se embaraza manteniendo con el padre de su futuro hijo –como es su costumbre- una relación extremadamente conflictiva. Se sorprende, cuando meses después del parto se le señala que su hijo posee el mismo nombre que su analista y a los dos meses del nacimiento del niño los padres ya dirimen en tribunales un régimen de visitas.

Mónica recurre a su madre pues su retoño le pesa, no pudiendo sostener la lactancia ni diez días. Por las noches toma somníferos pues no soporta escuchar el llanto del niño. Su madre se instala en la casa de su hija y a todos los efectos pasará hacerse cargo de su nieto como una verdadera madre sustituta. La relación a su hijo es completamente deficiente, da verdadero repelús verla con él en la consulta, observándose una relación completamente desajustada. Mónica muestra una relación a la intimidad con el otro absolutamente descoordinada. Sus refugios son el alcoholismo, en los eventos sociales bebiendo hasta la pérdida de consciencia de sus actos para tolerar el lazo social; o el onanismo clitoridiano, en la soledad o con la pareja de turno. Por fuera de esto todo es caótico salvo cuando se pone el uniforme policial e interpela al otro desde esa posición reglada. No tiene significativo alguno que le arme un síntoma que de solución a su anárquico imaginario. El otro es un otro mimético, del que no tiene la menor idea y en donde no puede dialectizar absolutamente nada al semejante.

Pero debemos resaltar el valor de ese goce clitoridiano, casi autoerótico, donde encuentra un “real” sosiego, y diría que aun mayor que de uniformada. Toda su estructura se halla detenida en lo genital, no ha podido producir ahí una separación

de goce y la genitalidad onanista lésbica le permite permanecer en un refugio por fuera de lo simbólico.

Aquí lo precluso no causa perplejidad, sino tranquiliza, pues es como si un real genital se confrontase a otro real "forcluido" del significante; el primero ordena lo que el segundo desajusta. Por tanto, vemos que hay una gran variabilidad y que siempre tocará al cuerpo donde se constata una animalidad funcionando en pérdida. Belén es psicoanalista y psicóloga clínica. Lleva quince años de análisis y es muy colaboradora y participativa en el grupo psicoanalítico. En su ciudad, es una analista reconocida, prestigiosa, muy productiva en la escritura de trabajos tanto teóricos como clínicos y con una masa de pacientes y analizantes muy importante.

Podemos decir que después de estos años de trabajo analítico y supervisiones de casos hay un recorrido de "desamblaje" fantasmático en relación a renunciar a seguir sosteniendo al padre. Esto conlleva en la transferencia al hecho amable de un horizonte futuro de una cordial separación y finalización de la cura. Es en ese tiempo lógico que se le diagnóstica un cáncer ovárico que le dará cuatro años y medio de sobrevida.

A partir de ese momento todo gira iso-facto presentándose una transferencia negativa en la que navegaremos cuatro años más en su análisis.

Hay que decir, igualmente, que la transferencia negativa viene como anillo al dedo pues permite hablar de todo menos de la muerte. No hablar de la muerte no está mal, pues realmente no sirve para nada; pero en este caso –este no hablar del morir- más que una evitación es una verdadera imposibilidad.

Con el diagnóstico de cáncer aparece algo que había sido escamoteado en el análisis y que era una dialectización de la falta como tal. Todo el análisis fue un verdadero guiño, un recurso a las recurrencias de sentidos diversos, que escamoteaba lo fundamental, lo insoportable del vacío y la falta. El éxito profesional, el propio saber psicoanalítico estaba al servicio de evitar ese encuentro, pues en verdad ni la soltería, ni la falta de pareja estable con su antiguo amante, ni la no-maternidad eran tan bien llevadas como decía.

Era realmente absolutamente incapaz de deprimirse, la tristeza por lo perdido era un imposible para Belén.

En este caso se ve que el clivaje imaginariamente engañoso, pero eficaz, para soportar la existencia entre mente y cuerpo no estaba constituido. Esa escisión era un verdadero precluso que da cuenta de su no-existencia cuando algo del cuerpo es tocado y no puede remitirla a una posición depresiva. En el lugar de la depresión irrumpe un odio ciego.

Belén es incapaz de operar en la falta, cuando vienen mal dadas y es lo que oculta por quince años. Pero ese ocultamiento lo negocia cuando lo íntimo de su soledad de pareja o su imposibilidad de ser madre se refiere, lo negocia hasta que lo real toca al cuerpo, allí todo se desmorona mostrando una verdadera "forclusión" al nombre del padre disimulada en un sostener al padre de la realidad. Que por cierto era médico y su elección por la psicología la dejaba en su imaginario un tanto por debajo.

Otro caso, no menos ilustrativo es el de Dominiq. Es prostituta de lujo y con treinta y seis años es socia de cuatro prostíbulos repartidos en las ciudades más importantes de España. Se puede hablar con ella de todo pues presenta una picardía e inteligencia notables, se puede comentar de todo, menos de "eso", su prostituirse. La prostitución esta en el acto, pero en un fuera de discurso, arrinconada a la evidencia de ser lo que es y ejercer lo que ejerce, se descompensa profundamente. La irritación y el odio desmedido dejan paso al brote delirante; por lo que ejerce su profesión de mediatrix

entre brote y brote paranoico. Es más, dichos estados de descompensación la excluyen de prostituirse, cuestión que al estabilizarse por el neuroléptico –que en su caso funciona de manera muy eficaz- le permite el retorno a su “carrera”. Hay un continuo genital en este caso que se halla por fuera de toda palabra, no se trata de un doble discurso, sino de una verdadera indiscriminación, donde el goce genital en lo sexual no puede hacer de límite y que se expresa tempranamente con la posición incestuosa con su hermano mayor, en la que pernocta en la actualidad y con el que comparte la sociedad de sus locales de alterne -es su proxeneta. La aparente estructura perversa de esta fémica esconde un real precluso del plano genital que funciona sin límite, es in-loco, es decir está suelto. El doble discurso no siempre es una mentira que refleja un posicionamiento perverso, sino que en algunos casos -como este- es una verdadera imposibilidad discursiva, por lo tanto de límite, entre lo genital y la fantasmática erótica que sin duda es muy prolífica. Aquí retorna el reverso del caso de Oriol, pero sin una psicósomática evidente, si obviamos los períodos de bulimia y anorexia que también padece intermitentemente y que no podríamos catalogar en tal nosología. Se ve con claridad, que en Dominiq, no hay articulación alguna entre el acto que implica al cuerpo y la fantasía sensual, producto sin duda de su particular estructura paranoica donde su propio hacer deviene en persecutorio. Su ser pivota entre la erotomanía prostituida al delirio persecutorio paranoico desencadenado por lo primero.

Para ir concluyendo tenemos que ver el registro de Lo Real como una verdadera preclusión que va mucho más allá del significante. Si bien este tiene un lugar privilegiado en la percepción de nuestra subjetividad nada debería indicarnos que todo puede reducirse a esa prevalencia que es más imaginaria que certera. Es de manera natural que el cachorro humano topa con unos significantes ajenos, pero pensar lo precluso de las palabras como un real homogéneo y único es otorgarle una dimensión equívoca; para ello hemos ido a la clínica para mostrar que el cuerpo mismo es otro precluso donde lo genital no es muy asimilable en el proceso de construcción de hacerse un cuerpo y que posee una gran resistencia a ser reabsorbido como marca inconsciente por efecto del lenguaje. Pero estas evidencias clínicas no sólo se reducen a lo genital, en lo escópico también encontramos marcas que permanecen en lo real reacias a toda inscripción simbólica, el éxtasis pánico o la perplejidad en los cambios de la imagen corporal con el paso de los años dan cuenta de ello de manera muy sencilla y evidente. Pero también están ahí las sensaciones sinestésicas de las raíces raquídeas en el deterioro óseo articular y la lista podría ser infinita. Es a esto a lo que llamamos las marcas de una animalidad perdida en lo simbólico.

“La Langue” es algo que permaneciendo precluso nos hace “parlêtre” pero ello no es todo lo Real, también en una diversidad difícil de observar, dar cuenta y sistematizar hay reales biológicos de nuestra condición de homínidos no coaptados por la lengua y que simultáneamente ésta lo remite a un resto en lo Real.

Terminaré con unas preguntas:

¿Cómo pensar el dedo de un niño rascando el revoque de una pared para llevarlo a su boca cuando padece una baja calcificación?

¿En el registro genital recorrido en la clínica de los casos expuestos, todos los lugares preclusos expuestos, son una dimensión completamente atravesada por las aberrancias del significante o algunas son excrescencias, restos no captados por el proceso de humanización?

¿Es todo, en nuestra humanización, reducible a lo real de la pulsión?

**A continuación transcribimos el texto de la Sra. Camila Vidal, en el que da cuenta de su psicoanálisis con la psicoanalista AME, Mme Marie-Hélène Brousse, escrito después de su nominación como Analista de Escuela en su Pase, y como un intento de una nueva manera de transmisión del psicoanálisis en una "Dimensión Pública del Pase". Caso del que nos hemos referido en el capítulo precedente. Finalizado este texto, incorporamos además otro "Anexo I", del psicoanalista Sr. Ricardo Rojas, donde el autor discurre sobre el texto de ésta pasante nominada.*

Calima, Niebla...



Camila Vidal

Exposición en relación a su final de **análisis**, escrito por la autora.

PASE del 28 de junio del 2015.

...da lo mismo pues depende del azar, de donde proceda el viento, si del desierto o de lo no menos árido de la mar.

Frente al azar el viento, prepotencia de presencia.

"Niebla" fue el significado, un azar de sentido surgido al final de la cura para tratar de nombrar lo real. Real enlazado a lo prepotente del goce femenino a través de la sobredeterminación del síntoma.

El pase es un intento de que esa niebla surgida del goce no se disipe, al igual que este escrito y todos los que le seguirán; pues solo el intento de escritura permite hacer patente lo que no puede ser dicho, evocando el lugar fundamental de la no existencia en cualquier realización humana, solo si uno consiente.

Hacía ya un tiempo que sabía que el análisis estaba concluido pero no era capaz de encontrar un punto de detención que permitiese finalizarlo. Un día le digo a mi analista:

"...ya sé que el análisis está terminado, no hay nada más que esperar, pero la verdad es que siento que hay algo de lo real que no ha sido tocado".

"...Quizás para usted es así" respondió mi analista dando por terminada la sesión.

Entiendo entonces de golpe algo que no había podido pensar en todos los años de análisis a pesar de ser algo que estaba totalmente a la vista. Tan a la vista como "...la mucha calima" que, con cinco años, me designa -por azar- en un lapsus el segundo hermano de mi hijo al conocerme.

Soy la tercera de tres hermanos. El primero es un varón que al nacer, el padre lo inscribe con el nombre de un hermano suyo y del que mi madre dijo que ella nunca hubiese elegido ese nombre. El segundo, nacido diez meses después, otro varón, es inscrito con el nombre del padre; puesto que ya que no se le había puesto al primero era lógico que se hiciese con el segundo.

La tercera fue la susodicha y le tocaba elegir el nombre a la madre, ya que los otros dos llevaban nombres de la familia paterna. Entonces mi madre quiere ponerme Camila, como ella; mi madrina también quería que la niña llevase su nombre, así

que ella pensó bueno pues no importa Camila Juana. Pero hete aquí, que nació el día de San Ramón, que además de ser el patrón de los no natos es el nombre de un tío materno hombre de reconocido prestigio por sus estudios científicos, así que la cosa quedó estrambótica, Camila Juana Ramona. Pero finalmente ella me llama “Cucaracha” nombre que mis hermanos simplifican en Cuca.

Pude entender de repente que, de lo que se trataba, era de la dificultad de mi madre para ponerme un nombre.

Niebla, Calima, Cucaracha, que más da el azar cuando el viento está ahí en toda su prepotencia.

Cuando a mi madre le toca decidir un nombre, simplemente no puede.

Este ponerme un sentido en el patronímico, cae poco después cuando puedo escuchar el deseo de ella de ser incinerada en el momento de su muerte y que no hace falta que pongamos ningún nombre en la lápida, porque total:

“...ya está el de papá”.

Su dificultad no era poner un nombre a su hija, era una dificultad con el nombre mismo.

La caída del sujeto supuesto saber produce de forma casi simultánea el atravesamiento del fantasma y la caída del Otro; al tiempo que transforma ese significante –Cucaracha– en *Sinthôme*.

Surge entonces un axioma:

“hacerse un nombre con las insignias del Otro” y toda la historia puede ser reinterpretada por fuera del azar y del sentido.

Pero volvamos un paso atrás en las significaciones del interjuego significante.

Cucaracha ha marcado con un “hacerse aplastar” la existencia. El descubrimiento de que detrás de ese “Cucaracha” se encuentra la dificultad materna con los nombres deja vislumbrar la opacidad del deseo materno y produce la caída del Otro:

“...era una dificultad con ella, de ella misma”.

Llegados a este punto “cucaracha” es lo mismo que si hubiese sido cualquier otro significante provisto de cualquier otra significación posible. Poco importa aunque por supuesto no sea indiferentemente y dicha significación haya tenido gran importancia a lo largo de la historia.

Poco importa el sentido, porque la significación cae, ya no es necesario hacerse aplastar para sostener el síntoma, para sostener al Otro.

De lo que se trata no es de “Cucaracha” y la dificultad materna para nombrarme, que deriva del nombrarse ella misma, que es lo que está en la base de este significante, lo que importa es que la dificultad de nominarse de mi madre nos reenvía a un oxímoron, por un lado nominarse con el nombre del otro, su marido y por otro no ser necesario ser sostenida por significante alguno.

Atrapar el oxímoron conlleva la caída de ese irremediable e inútil tratar de construirse un nombre con las insignias del Otro, que fue el “*hic nunc*” de mi vida.

“*Hic Nunc*” de hacerse un nombre con las insignias de otro para no navegar en la niebla, o para no caminar con los ojos cegados por la arenilla del desierto refugiándose en lo fragmentado del mundo. Pero ese mundo de desorden e imprecisión tampoco anula la niebla pues el viento está ahí en toda su prepotencia.

Pero vayamos por parte; “este hacerse un nombre con las insignias del Otro” permite releer también una antigua queja:

el sentimiento de que con mi deseo solo no alcanzaba para la vida, deseo desfalleciente afirmaba, que me había hecho apelar siempre a un otro para apoyar

mi deseo, para sostenerlo y cuya consecuencia era indefectiblemente el sentimiento de sentirse aplastada por el peso de ese otro bajo un significante de crueldad.

Un “...pobre Cuca” que cerraba el círculo infernal.

Un síntoma temprano e “indescifrable” aparece entonces sobredeterminado y permite circunscribir algo del goce femenino.

Desde siempre tuve problemas para recordar los nombres propios, no solo de las personas sino también de las calles, los locales, títulos de libros, etc. Dicho síntoma me puso siempre en situaciones muy embarazosas, en las que sentía que quedaba muy mal por no poder recordar el nombre de un autor bien conocido por mí, el título de alguna novela o el nombre de personas lo suficientemente cercanas como para que se interpretase como descuido y desinterés, el olvido.

Pero es que además dificultaba mi vida a nivel de lo cotidiano; largas explicaciones sobre la ubicación de un lugar en el que quedar con algún amigo o conocido que por resultar muy imprecisas acababan confundiendo y dando lugar a sonados desencuentros.

El resultado de todo esto era la sensación de no enterarme de nada, no poder concretar; estar siempre en la cuerda floja.

Muy pronto renuncié a encontrar una interpretación a estos “olvidos”, pues lo masivo del síntoma descartaba cualquier tipo de interpretación al estilo del “Signorelli” freudiano, así que pasé años no haciendo otra cosa que constatarlos atribuyéndolos a ese “deseo desfalleciente” que me atribuía.

“Es como no querer someterme a algo de lo simbólico”, le dije un día a mi analista, como trayendo, sin importancia alguna, uno de los reversos del oxímoron materno, en una anodina sesión después de relatar un desagradable incidente con alguien cercano:

“...Con lo fácil que es decir quedamos en tal cafetería de la calle tal, en lugar de esos largos rodeos que me permiten quedar en la indeterminación, en el desencuentro”.

“Eso de la simplicidad es para los otros, yo estoy en otra parte, en la indeterminación exasperante o en la confusión de la más supina debilidad mental”. Este permanecer en la indefinición por fuera del goce fálico, esa falta de límite que circunscriben los nombres propios no deja mucho lugar al “deseo decidido”; ya que todo deseo fuerte y concernido está limitado, y es muy concreto.

Es así como consigo entender la idea freudiana de que las mujeres no propician la cultura, este goce femenino, ilimitado y deslocalizado no sirve para nada, no permite las realizaciones culturales puesto que estas precisan del recorte de lo fálico, una cosa después de la otra en determinado orden:

“...Si uno quiere hacer un puente necesita un recorte permanente”.

Pero lo que no es útil a la producción de cultura tal vez sea eficaz para penetrar en el inconsciente, era lo que tenía por descubrir.

Descubrir la apertura de lo indeterminado en la debilidad mental, en la prepotencia del viento de lo imposible. En una palabra, visualizar conscientemente la presencia de lo Real y que en mi particular historia se presentaba desde ese oxímoron materno.

Desde que puedo recordar siempre quise ser psicoanalista, psicóloga infantil decía yo en mi época de imberbe hasta el encuentro temprano con los textos de Freud. Mi madre decía de mí que era “morboza”. Efectivamente tuve desde muy pequeña un gusto particular por la visión del sufrimiento, las catástrofes y las

malformaciones corporales que son abundantes en mi familia; es decir, un gusto decidido por el horror.

Durante mi análisis pude descubrir que mi deseo de analista tenía que ver con esa necesidad de preguntarse por ese horror:

“...Algo de esto es el deseo de analista, pero sin morbo dije tumbada en el diván”.

Y es que desde “siempre” tuve el sentimiento de que algo no “andaba” para mí.

Eso que no andaba tenía que ver con una hipersexualización (voluptuosidad) del mundo absolutamente desconocida hasta muchos años después de mi entrada en análisis. Una hipersexualización que lo fragmentaba todo, que desordenaba profundamente la realidad y que sin duda sostenía una verdadera erotización perversa.

Todo en mí existir lo reducía al sexo.

No es que fuese una niña especialmente sexual, todo lo contrario, me negué obstinadamente, para disgusto de mi madre para quien la belleza era algo fundamental en la vida, durante buena parte de la mía, a encarnar cualquier cosa que tuviese que ver con el deseo del otro masculino:

Ponerse guapa, arreglarse coquetamente producía, en mí, un rechazo radical.

Mi primera interpretación, o quizás habría que decir que “la interpretación”, fue el contumaz rechazo a “ella”, aversión a ese interés desmedido que mostraba por lo bello. Un repudio también de la feminidad en el sentido más freudiano del término, un no aceptar el haber nacido niña; pero que el largo recorrido analítico me ha permitido cercar en un algo más allá.

Ese rechazo está relacionado con lo que llamo esa hipersexualización del mundo (voluptuosidad) que incluía un repudio de lo fálico.

Un recuerdo. Mi madre me envía a comprarme un pijama, voy con una amiga y traigo dos a casa para enseñar, uno bonito y otro claramente feo. Tanto mi madre como mi amiga me animan para que elija el bonito pero yo me empecino en querer el otro. No entrar en ese juego del tener, eso para ellas. Esto, lo bello, sobra. Solo lo descarnado de lo hipersexualizado es lo que me va.

No se trata de gozar de la falta, goce de estar privada que decía Freud, es gozar de otra cosa, no tiene que ver con la privación, ni lleva aparejado queja o lamento alguno. Y ahí, en ese punto, lo bello sobra.

Algo del goce femenino que aparece en ese sin límites de lo sexual, ante el cual el goce fálico palidece, es esa erotización general que daba a toda mi existencia un peso singular, muy alejado del sentimiento trágico de la vida que, en su vertiente más histérica, encarnaba la familia de mi madre. Esa erotización dotaba mi existencia y todos mis actos, de un peso singular que se traducía en una falta de ligereza, de chispa de vida que se acumulaba en mis hombros cada mañana cuando intentaba levantarme.

No era ausencia de satisfacción, que yo obtenía incluso del estudio, punto de especial condensación y que, a diferencia de la erotización fálica -que impide muchas veces, sobre todo a los varones el poder estudiar- no me impedía en absoluto sino que me permitía una entrega decidida a los mismos, unos buenos resultados académicos y el sentimiento, absolutamente verdadero, de no poder aprender nada más que trozos inconexos sin lograr una visión de conjunto que me permitiese pensar un poco más allá de lo que estudiaba.

Funcionaba a la manera de Antígona, podía sacrificar todo, en el resguardo de ese sin límites, todo era prescindible, nada valía más que otra cosa salvo ese saber encontrado en los libros tanto más valorado cuanto más desprecio mostraba mi

madre por el; primero por no tenerlo y segundo por atribuírselo siempre a unos varones que a pesar de ello o más bien por ello mismo, no servían para nada en la vida, en clara alusión a los hombres de su familia, que por otra parte eran muchos de ellos afamados hombres de ciencia y de leyes.

Este no servir para nada en la vida hace alusión a la enfermedad mental de algunos de ellos, quedando así la locura unida indefectiblemente al saber de los libros, al estudio y como interrogación sobre el deseo materno, preparando de esa manera el abono para el encuentro con los textos de Freud.

Un recuerdo deshace de golpe esa hipersexualización. Con diez u once años una amiga de la infancia me decía que ella entre ser ciega o parálitica prefería mil veces ser parálitica. Yo me callo, por un momento, como no sabiendo bien que desgracia “elegir” pero mi pensamiento es claro:

“...cualquier cosa mejor que parálitica” ya que eso supone “...sin sexo”, tal idea se me presenta como lo peor del mundo.

¿Cómo vivir sin sexo?, por lo tanto ciega.

Ahí apareció de golpe el valor de “lo sexual” que permitió una deserotización general y al mismo tiempo la erotización del cuerpo (algo se limita); una vez circunscrito ese goce ilimitado e irrefrenable algo de lo fálico pudo empezar a circular y tuvo efectos en la posibilidad de concreción del deseo en ciertas realizaciones.

Segundo oxímoron. Lo fálico empieza a limitar algo por un lado y por otro, continuar en ese plus de fragmentación ciega por la “calima”.

Varios sueños en los que aparezco ciega (ver sin saber lo que veo) propician una caída del deseo prendido de la mirada. Son sueños que preludian el final de análisis pero me pregunto como finalizar en ese punto de caída del deseo y me sitúo aún a la espera de una recuperación imposible. Finalmente, lo que aparece es algo más descarnado.

La inhibición, que había aparecido como lo más insoportable del síntoma, aparece en esta coyuntura como condición de goce que protege frente al horror (goce y defensa contra el mismo). Como decir las preferencias, como formular un quiero esto o lo otro, es que si lo digo ya no me sirve, ya no resulta excitante, ya no sirve para el goce.

Protege frente al horror en tres puntos precisos:

1ro) Horror de lo descarnado de la sexualidad.

2º) Horror frente al goce materno, que su deseo va por su cuenta, que no tiene que ver conmigo.

Y, por último, como tercer punto, como analista. Horror del acto, pues es que no se trata de curación.

Hay una dificultad para desalojar ese goce de la situación analítica. Hacerlo aparecer como saber supone el desalojo de la inhibición; perder la inocencia, presentarse como pudiendo soportar eso, ese goce ilimitado y que no ordena nada, en definitiva, que no se trata de la curación.

Se producen entonces una serie de sueños de angustia que ponen de manifiesto la dificultad de la separación y finalmente dos sueños que preludian el final.

Primer sueño:

Estoy sentada en una cama rodeada de cucarachas, quiero bajarme, pero no puedo porque si me bajo pisaría las cucarachas y si las piso, hacen "CRAC".
"... ¿Y que es crac?", pregunta la analista.

"... Un ruido".

Fin de la sesión.

Segundo sueño:

Estoy en la estación del metro en París para regresar a casa luego de las sesiones de análisis. Tengo que mirar los mapas para ver por donde tengo que ir pero, a pesar de que todo está igual y reconozco el francés de los mapas y las indicaciones, todo es diferente. Puedo leer pero no consigo entender los carteles, ni interpretar los mapas. Todo es igual pero ya nada es lo mismo, imposible volver. Un umbral se ha traspasado, no hay vuelta atrás, es un punto de sin retorno que incluye como el anterior el sinsentido.

La intervención de la analista, ese, "...quizás para usted es así" se presenta como crucial para la posibilidad de finalización de la cura –que no habrá– en dos sentidos diferentes:

En primer lugar, devuelve la pelota al campo del analizante. Es algo así como un "si tu quieres"; hay un paso a dar solo si uno lo quiere.

Por otra parte, introduce algo del "no todo", pero sin la defensa, un no todo diferente que **permite consentir a lo simbólico sin subsumirse en la lógica del todo**, resguardando el no todo, pero sin la defensa con la que yo había tratado de sostenerlo durante toda la vida desde la posición de objeción, de no sometimiento "no querer someterme a algo de lo no-simbólico" y hacer aparecer la niebla. Toda la cuestión de la sexualización del mundo, del olvido de los nombres con la carga de indefinición, de no enterarme, por fuera de lo fálico, sin límites, sin puntos de corte, remite al goce femenino y permite otra lectura muy diferente de la problemática con la madre, entendida hasta ese momento como rechazo de la feminidad (odio por haberla traído niña).

Efectivamente lo que yo llamaba deseo desfalleciente, ese deseo que no alcanza no es falta de deseo. Lo que dificultaba el deseo, su realización es toda la cuestión de lo ilimitado, la falta de concreción, la indefinición permanente, deslocalizado, sin puntos de corte. Esto es lo que no deja lugar al deseo decidido pues éste es limitado, precisa del corte.

Podríamos decir más bien que lo que hay, como verdadero problema, es una falta de firmeza frente a lo real; es el paso a dar.

Hacerse un nombre con las insignias del otro es otra forma de defenderse frente a eso, frente a lo real del sin nombre, del Otro que no existe haciendo existir "Cucaracha".

Esto es lo que cae, no hace falta hacer existir "Cucaracha" pues eso está ahí incluye lo real del otro materno y esto permite posicionarse de otra manera frente a ese real, sin defenderse tanto.

También el análisis había participado de esa especie de indefinición, sin grandes cortes, también como un continuo, presidido por ese goce que solo cede al final. El significante niebla surge ahí para nombrar a lo real mismo, lo real es esa niebla misma que lejos de desaparecer lo que hace es mostrarse.

El pase es un intento de que esa niebla no se disipe, ya que es lo que permite salir de la indefinición, lo difícil es hacerla permanecer, mantener a raya el sentido.

Garantiza el no todo, es el goce que falta y que uno ya sabe que no está en el Otro,

ya no ha de ir a buscarlo en el otro porque está ahí del lado del Uno pero no es más que “niebla”.

Sueño post analítico:

Tengo un bonito trabajo preparado para presentar para una ponencia, estoy contenta porque creo que me ha quedado muy bien. Hay un atril con micrófono tapado con una cortina, Me pongo a leerlo, pero me salen sonidos descoordinados, como balbuceos, trato de volver a empezar, pero es inútil, los sonidos son inconexos yo leo, pero sale algo irreconocible. Me despierto sin angustia como con perplejidad.

También para hablar es necesario el recorte, articular fonemas supone también recortar, delimitar, parar. Escriba lo que escriba y por bien que lo haga, ese sinsentido del “bla”, “bla”, “bla” no desaparece.

Mi analista me había dicho:

¡Escriba!

Pero algo de esto no solo permanece por mucho que se escriba, sino que más bien cada vez que se escribe se hace patente, toma consistencia como dificultad, ese algo que queda siempre por fuera sin poder articularse.

Deseo del analista:

Como sujetos no somos mortales, es únicamente al descubrirse como el objeto que uno fue para el Otro que la muerte toma su consistencia permitiendo una temporalidad diferente que propicia la realización del deseo.

El final de análisis permite poner en evidencia en la contingencia de mi nacimiento y el hecho de que le tocara a mi madre ponerme el nombre, la imposibilidad de ella para elegirlo poniendo de manifiesto la dificultad materna para nombrarla como un real propio de la madre y al mismo tiempo como reseñaba anteriormente, la paradoja que no hay significante que pueda nominar lo real del sujeto.

Esto permite, lejos de las lamentaciones y de los reproches sostenidos en las significaciones diversas que el sobrenombre de “Cucaracha” sostuvo durante todo el análisis, poder vislumbrar el objeto que había sido para el Otro materno. La significación de “cucaracha” cae y el goce queda del lado del sujeto.

El sujeto se inventa un Otro y correlativamente un deseo para ese Otro, para escapar del horror que supone saberse objeto de goce. Es el atravesamiento de este horror, esta posición de desecho que luego sirve para que el analista pueda situarse ahí, como objeto para el paciente, porque sabe qué objeto fue para el Otro. Prendido de ese “morbosa”, finalmente aparece con la niebla; ese real mismo que ya no está en el Otro, está ahí, pero perdido y que permite al analista no ir a buscarlo en el paciente sino dejar ese lugar vacío. La cuestión es como mantenerlo ahí, que la niebla no se disipe.

El deseo de ser psicoanalista se presenta, generalmente, como un deseo de curar, de reparar, de arreglar aquello que la madre no pudo -furor sanandis, decía Freud. Uno quiere ser psicoanalista para hacer por el otro algo mejor de lo que hicieron por él mismo. Es así como Lacan nombra los deseos de famosos psicoanalistas de su época: un deseo de maternaje –esta dicho literalmente por Lacan refiriéndose sobre Winnicott, Klein, etc.

Pero el deseo de ser psicoanalista no solo no es lo mismo que el deseo del analista sino que es únicamente desprendiéndose del primero -lo que únicamente ocurre cuando se ha podido constatar la inexistencia del Otro- que uno puede acceder al segundo.

El deseo del analista, como reverso de la posición de saber del psicoanalista, es algo inédito en el mundo.

¿Qué quiere decir inédito?

Inédito quiere decir que el deseo del analista no es algo que se pueda encontrar en la propia historia, a diferencia del deseo por el psicoanálisis y el de formarse como psicoanalista.

Si decimos que el analista presenta un deseo inédito en el mundo es por que no existe fuera del dispositivo y, a diferencia del deseo inconsciente, no es particular sino que hace su aparición con el análisis mismo. Es lo que resulta y se puede poner en funcionamiento una vez que el recorrido de la cura ha desembarazado al sujeto de su creencia en el Otro, haciéndolo responsable de su propio goce, tanto de aquel que está como del que falta, fundamentalmente del que falta podíamos decir, ya que es lo que permitirá no situar al “paciente” como objeto en la búsqueda de ese goce que falta, sino dejar ese lugar vacío permitiendo así al analizante encontrarse con ese deseo inédito, en el que por primera vez no será tomado como cuerpo.

Este deseo, al no estar inscrito en el inconsciente del sujeto, ni en su historia, no porta ninguna marca personal.

Se nos plantea entonces una paradoja o un tercer oximorón. Decíamos que es únicamente desprendiéndose del deseo de ser psicoanalista que uno puede acceder al deseo de analista; es decir sólo se puede sostener el deseo del analista una vez que uno se “ha curado” de su deseo de ser psicoanalista.

El deseo del analista no se sostiene en ningún “querer” sino en una posición ética que implica un “no retroceder”, no retroceder frente al camino recorrido, aceptar que a pesar de ya “no querer” ser psicoanalista no hay vuelta atrás posible, el tiempo inexorablemente ha pasado y se constituye como una imposición que el sujeto se autoimpone, “uno tiene que ganarse la vida, ya no sabe hacerlo de otra manera que ejerciendo de psicoanalista y por momentos, logrando no disipar la niebla, siendo analista”.

ANEXO I.

Texto de Ricardo Rojas comentando el Pase de la Sra. Camila Vidal.

Trazado de goce, interpretación y final.

Voy a volver sobre un sueño tomándolo en la textualidad del testimonio de una de nuestras AE de la EPFCL, presentado en Vigo del 1 de octubre de 2015, testimonio que ella llamo *Niebla...2*: “Estoy *sentada en una cama rodeada de cucarachas, quiero bajarme, pero no puedo porque si me bajo pisaría las cucarachas y si las piso hacen “CRAC”. (...) ... ¿Y que es crac?*”, pregunta la analista. “*...Un ruido*”. *Fin de la sesión.*”

Adelanta en este mismo testimonio³ para la comunidad analítica unos elementos importantes en relación al significante “cucaracha”: la trama fantasmática construida por ella es que la madre, cuando le llega la ocasión de elegir el nombre de la pasante tiene dificultad para hacerlo, toma su propio nombre, agrega el de la madrina y además el del nombre del santo de su natalicio que era el mismo de un tío, resultando un nombre compuesto de tres calificado de estrambótico por la pasante y que la madre no termina usando pues llama a su hija “cucaracha” que termina siendo simplificada por sus hermanos como “cuca”. En su testimonio nos aporta el sentido que logro extraer de esta actuación materna explicándolo como el *oxímoron* de la dificultad de la madre en asumir un nombre y apellido de casada, el mismo de la pasante, y por otro no ser necesario para la madre ser sostenida por significativo alguno manifestado por su deseo de que en la lápida no se inscribiese ningún nombre. Con esa insignia tomada del Otro -concluye ella- se hace o construye un nombre, como defensa manifestándose según ella un deseo desfalleciente que no alcanzaba para la vida, con un llamado al otro en búsqueda de apoyo y sostén y “cuya consecuencia era indefectiblemente el sentimiento de sentirse aplastada <en su existencia> por el peso de ese otro, bajo un significante, un “...pobre Cuca” que cerraba el círculo infernal”. Lo anterior le permite: “lejos de las lamentaciones y de los reproches sostenidos en las significaciones diversas que el sobrenombre de “Cucaracha” sostuvo durante todo el análisis, poder vislumbrar el objeto que había sido para el Otro materno”- Conformarse con este pedazo como si fuera un todo, hubiera podido ser el destino terminal de este análisis, si se hubiera quedado en una cierta certeza lograda por esta significación capturada del síntoma. Pero, una vuelta más y surge la puesta en duda de una significación última, ver que hay un más allá de una significación con la que se logra reinterpretar la vida. Trabajo de reelaboración de su inconsciente interprete a partir de varios sueños desplegados en su final aunado al trabajo interpretativo de su analista, lo que veremos más adelante.

En el Cartel No. 3 del CIG, fuimos teniendo con los meses, diversas experiencias de Carteles del Pase abocando testimonios, mientras en nuestro Cartel nos acercamos a los textos, principalmente de Lacan, pues evidentemente la experiencia sin una referencia a lo textual sería una simple experiencia mística. Pude constatar allí en este Cartel del CIG, como la experiencia de los análisis desplegada en los testimonios ilustran de manera clara las elaboraciones teóricas que nos orientan en nuestro trabajo. Sentimiento ya experimentado en la experiencia de los Carteles del pase, cuando manifesté que, en uno de los dos testimonios escuchados, en esa ocasión, había algunos elementos que eran prácticamente una ilustración de ciertas indicaciones de Lacan con respecto al final de los análisis y presentes en la última lección del *Seminario 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*⁷. Nuestras lecturas en el Cartel nos llevaron al Seminario de Lacan en Santa Ana, “El saber del psicoanalista”⁸ y para lo que hoy nos ocupa a la lección del 9 de Mayo de 1979. Allí él da unos señalamientos importantes tanto para el analista como para los que escuchan un testimonio de un pasante en boca de sus dos pasadores. Insiste en que no se debe comprender demasiado rápido, ni pasar a la subjetivación comprendiéndose uno mismo en los efectos de discurso y, por tanto, precipitándolo todo en un mero formalismo significativo que ordena los efectos de saber. Lacan dice que “no hay que saltarse un significante”, saltarse ese elemento esencial, no hay que saltarse ese significante “que posibilita ese cambio de nivel” así por un instante de “una impresión de contradicción”¹⁰, enfatiza más bien

que lo que hay es que detenerse en ese significante, no saltarlo, pues seguir de largo implicaría comprender demasiado rápido. Miremos el sueño de esta analizante luego llevada al pase como pasante y la interpretación por parte del analista. Si el analista hubiese comprendido demasiado rápido llenando de sentido el significante “cucaracha”, este comprender no habría sido sino un “saber *ingenuo*”, que habría encubierto el trazado de lo real impuesto al goce. Se hubiera comportado como un “nominalista” que solo piensa en las “*las representaciones del sujeto, 11 -su montaje imaginario*”. Hubiese sido el caso de un analista, que por ejemplo, hubiese interpretado que lo que ese significante *crac* quería decir era la representación del aplastamiento de su existencia por la preeminencia de esa frase fantasmática “pobre *cuca*”. Pero, el analista de esta pasante no intervino aportando más sentidos sino que intervino de acuerdo a la indicación de Lacan en esta lección del Seminario, indicación en relación a lo que se llama interpretación, este analista intervino “*en su discurso procurándole un suplemento significante*”.

Es muy interesante en este caso la interpretación de quien le dice a su analizante: *¿Y que es crac?* El analista se detiene en un significante: *crac*, el analista no se salta este significante *crac* que posibilita ese cambio de nivel, significante contradictorio onomatopéyico de algo que se rompe que es claro encubre el trazado de goce. Es además una interpretación que en términos del *Seminario 11* mantiene la distancia entre *I*, ideal del Yo y el *a13*, del objeto *a* minúscula, lo que conduce el analizante a abandonar su idealización identificante. Una interpretación que mantiene la distancia entre la llamada *Cuca*... insignia tomada del Otro, que mira ser mirada por la cucaracha, horrorizada por la circulación mortífera del trazado de goce. Lacan responde a la pregunta *El psicoanálisis ¿qué es?* Con un: “*Es la localización de lo oscurecido que se comprende, de lo que se oscurece en la comprensión, debido a un significante que marco el cuerpo*”. Lo oscuro de la “niebla” y el significante “cucaracha” que marco el cuerpo.

Por ello para terminar la lección del *Seminario El Saber del psicoanalista 15*, Lacan se pregunta si a partir del esquema del Discurso psicoanalítico se puede responder ¿Qué se produce a partir del emplazamiento del sujeto en el nivel del goce de hablar? Y señala que el producto es una producción significante, la del *S1*, un significante nuevo, en el caso particular que examinamos *crac*, un significante salido de toda significación, Uno de la diferencia absoluta, Uno de la repetición simplificada que pone fin a la repetición vana, siempre la misma, repetición vana del síntoma, síntoma que resulta puesto contra la pared, sin más elección que eso ...o peor, pues no hay más saber que el Uno.

Como señalaba en el trabajo de *Wunsch* y que hoy completo con los significantes precisos: *Un sueño artificiero en el analizante irrumpe un despertar en el que un significante Ideal del Otro, trazo unario ante el cual se ha estado hipnotizado en el entramado de los escenarios fantasmáticos que se han jugado toda la vida, se encuentra frente a frente con el sujeto siempre desaparecido del escenario que surge en el mirar ser mirado, sujeto reducido a un puro objeto, objeto mirada espantoso que despierta, pues lo que circula no es más que la misma lucha a muerte, la desaparición o una no-pisada. Pero, ¿Y qué es crac?* interpreta el analista, respuesta del analizante que ha despertado: *no es más que un ruido, sonido onomatopéyico, seguido de una interpretación corte, dejando 4 letras C-R-A- C sin sentido, mera voz letra por la cual cae, se desprende el objeto, desprendimiento por lo que el mecanismo fundamental de la operación analítica logra su cometido, mantener para*

siempre la distancia entre I del Ideal del Yo y la a del objeto. Despertar seguido por el Acto del analista que no permite continuar seguir durmiendo y quien corta el goce del ciframiento- desciframiento, al aislarse -en ese final de la sesión- un significante signo-cifra que permite un relámpago, el atisbo de un saber no-sabido y sin saber-lo que surge pleno de consecuencias.

Solo resta para concluir esta reflexión traer a colación, lo adelantado por Lacan en el Seminario 11: “O sea que, después de la ubicación del sujeto respecto de a, la experiencia del fantasma fundamental deviene pulsión¹⁷ -una mirar de ser mirado de la mirada se ve devenir voz, un crac S1 significante nuevo sin sentido. Lacan nos habla del pase como una manera de abordar la relación opaca con la pulsión y de saber cómo después de la travesía del fantasma, en un más allá del análisis, un sujeto vive la pulsión, tema que será abordado en el Seminario 23 *El síntoma*¹⁸ con el *saber-hacer- ahí con* y en el Seminario 24¹⁹ con *la identificación al síntoma* y el lugar de la letra en el final del análisis. En cuanto a este más allá, esta pasante nos muestra además todo un trabajo con el significante “niebla” en su análisis y en su experiencia del pase. Enjambre significativo del final con varios significantes, pues en el enjambre no hay solo un significante, ni en el final del análisis hay una sola interpretación, una vuelta más para llegar a la: “caída del sujeto supuesto saber con ese “...hay algo de lo real que no ha sido tocado” -interpretación del analista- que produce de forma casi simultánea el atravesamiento del fantasma y la caída del Otro; al tiempo que transforma ese significante – Cucaracha- en *Sinthôme*”²⁰, resolución de la ecuación deseo del analista.

Síntoma III



Del sentido al sin-sentido.

Charla impartida por **Hugo Monteverde** en el ámbito del Seminario de “¿Cómo opera el psicoanálisis?”, dictado en La Asociación psicoanalítica de Galicia, el 18 de marzo de 2017; en la ciudad de Vigo.

Este punto, que debo desarrollarles hoy, nos reenvía a una articulación evidentemente clínica y que se pone en juego al final del análisis. Es un tema muy conclusivo de lo que es el discurrir de la conclusión de la cura, más apto para el testimonio de un Analista de Escuela. Además, sobre esto UDS. tienen experiencia, pues la Asociación Psicoanalítica de Galicia tiene precisamente dos AE que han transmitido sobre la cuestión y uno de ellos recientemente donde lo real de “La niebla” de la entrada es el “pas de sens” de la salida.

Por tanto mi abordaje, sin perder de vista la clínica, pondrá el acento igualmente en una epistemología.

Recorreremos la categoría del sin-sentido en ciencia y en el discurso psicoanalítico para situar sus diferencias si las hubiera.

Y lo primero que debemos subrayar, desde lo epistemológico, que el sin sentido no es equivalente a la ignorancia, como muchas veces se lo confunde en el decir de los psicoanalistas.

No es una mera cuestión de sentido, sino una articulación de estructura en el hacer simbólico sobre lo imposible, es decir lo real. La ignorancia supone una falta de respuesta frente a un ignoto real pero no una imposibilidad de una pregunta. Verbigracia, podemos desconocer el desencadenamiento de la fusión fría del agua, somos ignorantes al respecto, hoy al escribir estas líneas somos aun ignorantes al respecto, pero ello no impide realizarnos preguntas para hallar una la respuesta, que hoy por hoy, sigue en suspenso.

La ignorancia supone la falta de un saber, pero no excluye la posibilidad de conquistarlo. Es más, aunque imposible, ello mismo nos mueve a tal conquista. Así la ignorancia tiene como categoría la transitoriedad y es esta articulación subjetiva, que es más que un sentido; pues es la articulación misma que como sujetos de la lengua nos hallamos anudados al imposible que toda ignorancia nos impelerá a la pregunta.

Toda la ciencia discurre en un transitivo de la ignorancia a la pregunta y de la pregunta al "supuesto saber". Es por ello que Jacques Lacan nos advierte que la ciencia tiene por la base el discurso de la histérica, pues toda ignorancia conlleva su transitoriedad relativa, que no absoluta.

El sin sentido acapara en el discurso de la ciencia otro registro que para nada supone el campo de una ignorancia. Pero antes de avanzar sobre ello retornaremos al punto anterior.

Si algo es falso supone la existencia de un verdadero y puede pasar que el verdadero no este captado aun en un matema. Algo reconocido como falso, que el método experimental descarta como verdadero y que se halla a la espera que el azar del experimento haga surgir la novedad de la verdad.

Por tanto, en el campo de la ciencia la ignorancia siempre tiene el campo de la transitoriedad.

La falla del sistema dialectico hegeliano, es decir la imposibilidad de un saber absoluto en ciencia se ubica en sus principios y axiomas, no en lo no sabido; es decir su ignorancia.

Avancemos, ahora sí, sobre que es el sin sentido en el discurso de la ciencia. En ciencia, el sin sentido, es la imposibilidad de demostración de las verdades "naturales" de los principios y axiomas sobre los que se basamentan los matemas que se constituyen en la conquista del saber sobre la ignorancia.

El sin sentido en ciencia es la imposibilidad de una demostración y que expreso de manera ejemplar Kurt Gödel en matemáticas con los teoremas de la incompletud a la edad de 25 años. El más célebre de sus teoremas de la incompletitud establece que para todo sistema axiomático recursivo auto-consistente lo suficientemente poderoso como para describir la aritmética de los números naturales, existen proposiciones verdaderas sobre los naturales que no pueden demostrarse a partir de los axiomas. Así este primer teorema de incompletud de Gödel nos reenvía a que cualquier teoría, en su caso matemática, que sea consistente es incompleta.

¿Por qué?

Segundo teorema de incompletitud de Gödel. En toda teoría recursiva consistente T, la formula consistente T no es un teorema; es decir, no se puede demostrar.

Los principios matemáticos funcionan, para nada son un sin sentido pues aportan en su funcionamiento saber, pero este será –si es consistente- incompleto.

¿Por qué?

Porque las verdades naturales que sustentan los axiomas de los que parte son indemostrables, no hay teorema posible sobre los mismos; o lo que es lo mismo, no hay un sentido demostrativo, es decir un sentido posible.

Es entonces en relación a las verdades que sustentan los axiomas donde la ciencia encuentra que la ignorancia pierde transitoriedad, es decir la cristaliza en un real indemostrable. Un real de ignorancia inatravesable que muy bien podemos catalogar como un “sin sentido” imposible de demostración.

En ciencia los axiomas funcionan y nos permiten avanzar en la obscuridad de una ignorancia transitoria que se despeja en claros heteróclitos de saber. Pero las verdades en las que se asientan dichos axiomas son indemostrables, ahí no hay ignorancia transitoria, ésta es absoluta; es decir un sin sentido demostrativo que conlleva a un retorno en la propia teoría creada o establecida como incompleta.

En una palabra, no hay saber absoluto; pues el origen es indemostrable, el sin sentido en el que se asientan las verdades axiomáticas establecen teorías incompletas por el origen de indemostrabilidad de las verdades “naturales” en las que se asientan.

Así el discurso científico, cuya base es el discurso matemático, el sin sentido es una categoría de la indemostrabilidad de las verdades en las que se asientan sus axiomas y la ignorancia es la transitoriedad de las preguntas e investigaciones que nos conduzcan a un saber siempre incompleto por ese retorno de lo imposible de demostrar de sus premisas.

Toda esta estructura que supone el discurso de la ciencia y que adentra sus raíces en el discurso de la histeria nos arroja a la siguiente certeza:

Toda teoría consistente siempre será incompleta.

Asentadas estas bases epistémicas en el discurso científico nos dirigiremos a pensar la teoría psicoanalítica:

¿Es una teoría consistente?

¿Es una teoría incompleta?

De entrada, ya sabemos de un problema, la propia cuestión clínica de lo particular que nos arroja la dirección de la cura al caso por caso. Esto no permite el agrupamiento en una teoría general. A duras penas abordamos lo general en el diagnóstico diferencial, pero ya adentrados en la dirección de la cura, lo particular se alza como un verdadero escollo para reflexionar tanto la consistencia como la incompletud de la teoría que de tal camino se desprende.

Si pensamos el final de la cura, en los casos que esta sea posible, lo particular se reduce no solo porque se comprueba una pobreza fantasmática muy acusada en su variabilidad en todos los sujetos, sino que además lo real siempre nos reenvía a una pantalla inatravesable “de un no decir”.

Esto, ligado a la castración y la spaltung que nos constituye y que no necesariamente nos envía a la incompletud

Pueda que el sujeto sienta el vacío que lo constituye pero esto no se extrapola a la construcción de una teoría incompleta. Pensarlo así sería una simpleza mental.

Cuestionarnos esto no es inocente, el final de análisis no pasa por el arrojarnos a la falta sino a que tipo de falta, a que naturaleza del vacío y puede muy bien pensarse que un punto de detención discursiva en un “...Ya no tenemos mas que decir” no necesariamente se alza como un proceso de incompletud. Es más, si lo particular del uno por uno de la dirección de la cura se disuelve al final, cuando este es posible, en

un ya no hay más que decir o en un punto de borramiento de un goce confuso más allá de lo fálico, no necesariamente esto sería la incompletud.

Es más, tales llegadas, tal aburrimiento y falta de variedad en los finales, podría a nivel teórico pensarse como una completud. La propia experiencia clínica de los casos podría enviarnos a una construcción de una “teoría completa” y de hecho así lo es. ¿Qué quiero decir con esto?

Que el desarrollo teórico del psicoanálisis esta íntimamente relacionado a su clínica y esta presenta una gran variabilidad. No solo por las diferentes estructuras clínicas – psicosis, neurosis y perversiones- sino además por lo particular del caso a caso en el diagnóstico diferencial de cada uno.

Sin embargo, en los pocos casos que es posible un final de análisis, un cierto campo homogéneo siempre se presenta. Ya sean las suplencias para las estabilizaciones, ya sea el más allá del atravesamiento del fantasma donde el analizante se encuentra con una pantalla donde un homogéneo de ignorancia y una falta de decir se imponen. El final, si es verdadero, un todo pulsional confuso se presenta. También puede obtarse por un estado cínico, un tanto psicopático; pero esto no necesariamente supone final alguno, aunque es una manera un tanto poco elegante de como muchos analizantes concluyen su psicoanálisis –lo que tampoco dejaría de ser un cierto punto de conclusión homogeneizante.

La concepción del final del análisis y que algunos sitúan falsamente en una ignorancia reenvía al analizante no solo a lo más radical de su falta, sino igualmente a su condición de resto. Pero este encuentro radical con la falta para el individuo no comporta necesariamente la incompletud desde el punto de vista teórico. La dificultad de ese encuentro, la falta de garantía de que se produzca, los factores tanto personales en lo que a posición ética se refiere como al propio azar de un buen encuentro con el analista adecuado no dejan de reenviar, si el final de análisis se produce, a ese lugar común y homogéneo del real previo a las diferencias sexuales. ¿Ese lugar común y cuasi homogéneo para los pocos que finalizan su análisis comporta la incompletud desde el marco de una teoría?

A voz de pronto, no lo parese.

Sabemos que los fantasmas y sus atravesamientos tienen una variabilidad escasa. Los dedos de una mano nos bastan para su categorización teórica y su más allá; es decir, ese más allá necesario al atravesamiento fantasmático para arribar al final y que algunos psicoanalistas “expertos” tildan de ignorancia más que de “pas de sens” presenta una cierta homogenización, común para la mayoría de analizantes y por fuera de todas las particularidades y diferencias que se hayan recorrido en la travesía de la cura.

Es como si el universal de nuestra condición animal, de esa animalidad perdida en nuestra condición sujetos hablantes, se impusiese en el final de análisis y tocáramos en una evanescencia de una confusión homogénea y universal.

La “Niebla” que nos describía la Sra. Vidal en el anterior capítulo.

Es como si a pesar de las dificultades y paradojas que implica arribar al final de análisis lo que no encontráramos tampoco fuera muy revelador de nada, ni muy diferente a nada.

¿Podríamos tildar esto de una incompletud teórica?

No lo parece.

Esa es la gran pregunta del epistemólogo argentino Mario Bunge. Ya, antes de asentarse en Canadá, se interrogó por todo esto. Subliminalmente en sus tratados sobre la causalidad se planteó por el psicoanálisis en relación al teorema de Gödel.

Concluyendo que era una teoría completa y por tanto no consistente, ubicando al discurso psicoanalítico como exterior al discurso de la ciencia y además paracientífico.

¿Pues un discurso puede estar fuera de la ciencia, pero no implicar ser para científico?

Bunge le otorga ambas cualidades.

Desde un plano muchísimo menos riguroso, el inefable Jorge Luis Borges no fue tampoco muy proclive con el psicoanálisis, lo denostó sin ambages más allá de los coqueteos de seducción de más de un psicoanalista para con él. Ante la falta de rigor científico la literatura era muchísimo más enriquecedora para él.

Así se nos abren dos caminos de reflexión.

Uno en cuanto a la enunciación y la articulación de los enunciados teóricos, su destino, su final y la completud o no de ese andamiaje teórico.

Y una segunda línea de reflexión en cuanto a las verdades que sostienen las premisas, si éstas son o no demostrables.

Empecemos por lo segundo. Si en relación a las verdades naturales de las premisas de las que parte el psicoanálisis nos quedamos en Freud, tenemos una mala noticia.

Para disgusto de nuestros mediocres detractores todo lo que sustenta el psicoanálisis freudiano es demostrable. Pero esto más que reafirmarnos en la solidez de la teoría psicoanalítica nos la desnosta.

La lógica fálica y las premisas que la sustentan son demostrables clínicamente, hallamos en ello un cierto universal, mal que nos pese, por tanto no hay incompletud teórica y nos reenvía a una teoría no consistente.

El psicoanálisis freudiano es una teoría con unas verdades “naturales” en sus premisas arto demostrables clínicamente. Por tanto, no hay incompletud teórica y nos reenvía a una teoría no consistente.

Lo que Oscar Masotta denominó la lógica de la Premisa Universal de Pene, concepto extraído del artículo de Freud “La organización genital infantil”, o lo referenciado por Lacan en el caso Juanito en relación a este punto y el mismo caso Scheber, hablando del falo como el significante mayor que viene a representar el conjunto finito de todos los significantes son forzamientos teóricos desde diferentes enfoques – más filosófico en Oscar y más matemático en Lacan- pero que no dejan de ser torsiones para arrimar a la premisa fálica al teorema de Gödel.

Pero la premisa fálica es, en sus verdades naturales absolutamente demostrable como concepto y corroborable en la clínica, no presentando en el enfoque freudiano un más allá abstracto de funcionalidad lógica en el constructor teórico e indemostrabilidad radical como axioma.

La formula consistente F (Fálica) es un teorema perfectamente demostrable en la escucha clínica. Es decir, se puede demostrar perfectamente sin arrojar ninguna otra anterioridad que no sea un teorema.

La teoría psicoanalítica, vista de esta manera freudiana con el despegar de su clínica, es una teoría completa pues las verdades naturales de donde parte son completamente demostrables.

Ahora bien, cabría reflexionar ¿si lo fálico es el todo de la teoría psicoanalítica y si hay allí alguna verdad natural más allá de ese axioma?

El concepto de lo real y lo imposible asociado a ese registro, no es un simple divertimento de Lacan, es la necesidad de colocar las premisas teóricas del psicoanálisis en un registro diferente a lo fálico, un más allá del falocentrismo y que

dando cuenta del mismo -de ese axioma fálico- se introduzca en una indemostrabilidad,

Lo fálico es esencialmente simbólico, estructuralista; aunque a Lacan no le gustase mucho esa denominación para sus reflexiones. Lo real en cambio es un más allá, viene a reubicar las premisas de la teoría en un registro más inefable, menos corroborable clínicamente y en un plano de abstracción.

Lacan trata de pensar lo real como premisa no demostrable.

Lo fálico viene a funcionar como un lenguaje, pero lo que hace que no sea un lenguaje, sino que funcione como "si fuera un lenguaje", lo aporta el más allá de la diferencia de los sexos, es decir lo real.

La reflexión entre objeto "a" y "plus de joie" descentran la cuestión por fuera del registro simbólico estableciendo un más allá de lo fálico y desplazando la premisa del falo a lo real del objeto "a".

El objeto "a" es un indecible y un indemostrable que al devenir en premisa misma de la teoría devuelve a ésta a la consistencia, en tanto la fórmula consistente "petit a" no es "teorematizable":

Es decir, no se puede demostrar.

Vemos entonces como la reflexión de Lacan en torno a lo real como imposible trata de revertir la objeción de Mario Bunge, ya que ubica al psicoanálisis como una teoría consistente en tanto lo real no es un teorema.

Esto acerca la teoría al segundo teorema de incompletud de Gödel ¿pero que pasa con el primero?

En el segundo teorema de incompletud de Gödel estaríamos en que toda teoría recursiva consistente "P" (teoría psicoanalítica) la fórmula consistente "a" (objet petit a) no es un teorema; es decir no se puede demostrar.

Pero en relación al primer teorema, cualquier teoría matemática que sea consistente es incompleta y ¿puede aplicarse esto a la lógica del discurso analítico?

Por empezar, debemos señalar que lo que hace referencia el primer teorema de Gödel abarca dos campos.

El primero hace referencia a la parcialidad del objeto de estudio, que en su caso es el campo matemático.

El segundo campo hace referencia a la infinitud y por tanto a la incompletud de los enunciados en relación al campo de estudio u objeto del que se trate.

Verbigracia, el campo matemático se estructura en la propia parcialidad que su lógica abarca, no todo está resuelto, ni lo estará nunca. Por no ir muy lejos la enumeración de los elementos del universo es tan vasta que impide su numerabilidad y siempre nos reenviará a la incompletud.

Así la lógica de la no-totalidad introducida por Jacques Lacan en el seminario 20 no es ingenua; trata de acercar la teoría psicoanalítica al primer teorema de Gödel.

Pero la reflexión de Lacan introduce una dificultad epistémica, la lógica de la no-totalidad reenvía la teoría a modelos de goce por fuera de todo del discurso que lo engendra o de lo que escapa a éste.

Hemos estado en el punto 2, segunda línea de reflexión en cuanto a las premisas, si son o no demostrables, en el contexto del segundo teorema de Gödel; pero la lógica de la no-totalidad introducida por Lacan nos interroga en relación al primer teorema.

Sigamos entonces por ahí. En cuanto a la enunciación, a los presupuestos teóricos, sus destinos y final.

Si algo es claro en ciencia es que todo va vía sentido y comprensibilidad. Tanto en sus hipótesis y resultados, pues igualmente hallamos el concepto de "caja negra" cuando

algo entre uno, lo planteado -hipotéticamente- y otro, lo confirmado en el método experimental resulta inexplicable.

Los matemas, interactuando experimentalmente, comprueban mas tarde que pronto las hipótesis que la reflexión matemática ofertan; por ejemplo, en la astrofísica en la partícula de dios.

La teoría siempre será consistente en la medida que el discurso, y sus efectos de sentido comprobados en las certezas experimentales, nunca completarán con saber la globalidad del objeto de estudio en tanto la infinitud hace obstáculo.

En otro orden científico, el concepto de caja negra anteriormente enunciado, muy frecuente en objetos de estudio que abarcan casi la totalidad de las disciplinas científicas y extremadamente recurrente en la medicina en lo que entraña su clínica, es mas una ignorancia que un sin sentido y muchas "cajas negras" dejaron de serlo en la medida que el saber avanzó arrojando luz a su oscuridad.

La caja negra es por tanto parte del concepto de incompletud de toda teoría científica consistente.

En ciencia no hay sujeto de la enunciación, hay matemas produciendo la enunciación del saber, el sujeto esta excluido de toda enunciación científica y esta se halla en la infinitud; es decir, en la incompletud que la hace consistente. El sujeto aparece muchas veces nombrando el descubrimiento como mero observador "inteligente" del descubrimiento.

En psicoanálisis hay igualmente un lugar donde el sujeto de la enunciación se difuma, se separa del aserto del discurso. En un proceso analítico hay sin duda tres tiempos que se cumplen si se llega al final. Y si bien son tres tiempos lógicos el analizante los va coaptando en la medida que se desbroza su inconsciente.

El primer tiempo lo introduce en analista, en su acto de escucha equivalente a la atención flotante. Es una primera separación del decir, una separación del sujeto de la enunciación para poder escuchar lo no dicho en lo hablado; allí aparece el inconsciente en su crudeza donde el analizante en su asociación libre no queda al margen de los efectos de la escucha de su analista, produciéndose igualmente en el analizante un efecto de sorpresa y separación de la literalidad de sus enunciados. Cuestión nada sencilla de construir en el dispositivo analítico y que solo ocasionalmente, excepcionalmente, se alcanza.

El segundo tiempo lo introduce el analizante y es del orden de la excepción pues se separa de la lógica de la cura del síntoma. Es cuando ocasionalmente, en contadas sesiones, hará acto atendiendo a la verdad pulsional más allá de la ética que comporte. A esto lo denominamos ética analítica, y que cae del lado analizante, pues no pretenderá resolver nada de su naturaleza estructural como sujeto aceptando de manera radical el objeto neutro pedófilo que lo constituye y siendo benevolente en mostrar en el mismo o descarnada andadura, reverso de toda "alma bella".

El tercer tiempo, es la propia separación de ese resto constituyendo un deseo de analista, que para nada coincidirá con el deseo por el psicoanálisis -final de análisis. El resto final, como objeto caído aparece más allá de todo sentido, donde irrumpe un "pas de sens" que más que una ignorancia es un saber sobre la falta de un sentido finalista y donde solo resta la miseria genital y donde el sujeto se separa desde un celibato introducido como un real mismo o un patético ejercicio no menos fracasado. Allí acaba todo, ha detención en la construcción de "más saber". El "pas de sens" es el agotamiento de todo nuevo sentido que implique algún saber verdadero. Por tanto, vemos que al final de un análisis lo que encontramos es que no hay infinitud. No hay

infinitud para la teoría psicoanalítica desde su clínica misma que es el soporte de su reflexión teórica.

El psicoanálisis reintroduce el sujeto precluso del discurso científico y al igual que ésta, su axiomática no es teorematizable, pero su campo, el discurso se acota mientras que en el científico queda abierto.

Dicho de otra manera, la casuística clínica en psicoanálisis es uno a uno, o sea particular y no generalizable como lo es en ciencia.

O dicho de otra manera el psicoanálisis cumple con el segundo teorema de Gödel, como la ciencia, pero no así con el primero.

No es la teoría la que aposenta la clínica psicoanalítica, sino la inversa y por tanto su universal, por fuera del particular del uno a uno, es una categoría donde el discurso se detiene. El campo mental es acotado, cerrado y más allá de él solo queda el "pas de sens" y los restos pulsionales en una ignorancia irreverente.

Por ello, aunque el Complejo de Edipo y el concepto de Castración, como lo Fálico mismo, sean demostrables clínicamente en la variedad de los casos, ello no da a la teoría psicoanalítica estatuto de ciencia. Pues mientras en ciencia el discurso queda abierto en psicoanálisis se cierra en la ignorancia y el sin sentido. Lo particular del uno a uno de la clínica lleva al mismo infecundo universal, dejando al sin sentido abierto a un goce, más allá de lo fálico, que progresa en una lógica de no-totalidad sobre la que no puede inferirse presupuesto alguno; y esto no es más que la insignificancia que Jacques Lacan nos reseña en "Encore".

El psicoanálisis como saber operable, funcional y efectivo clínicamente, no necesariamente lo acerca a la ciencia, más bien hace de síntoma de ésta, reincorporando a lo científico el sujeto dividido que "forcluye" en el método experimental.